

BOLSILIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

EL ASUNTO DE LAS "GEISHAS"





eb

LOU CARRIGAN

**EL ASUNTO DE
LAS "GEISHAS"**

Colección LA HUELLA n.º 87
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 22.363 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: julio, 1976

Lou Carrigan - 1968

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Brian Bond, agente especial del FBI, tenía una norma que jamás abandonaba, así se hundiese el mundo: cada día, antes de abandonar la Delegación de Los Ángeles, en la cual prestaba sus servicios, se daba una vuelta por el despacho del inspector-jefe Norval Malloy. Aparecía silenciosamente, con su recién encendido cigarrillo en los labios, su sonrisa alegre, su expresión amable.

—Hasta mañana, jefe... ¿Podré dormir esta noche?

Ésta era la pregunta de siempre. Una despedida, un ofrecimiento, una sonrisa, un gesto entre cansado y satisfecho. Cansado del mucho esfuerzo diario. Satisfecho de los buenos resultados, del deber cumplido. Un hombre tiene que trabajar, y no hay nada mejor en la vida que trabajar a gusto.

—Hasta mañana, jefe... ¿Podré dormir esta noche?

—Ah... Hola, Brian... Espera un momento.

—Sí, señor.

Brian acabó de entrar en el despacho del inspector Malloy con su cigarrillo en los labios, su sonrisa de hombre áspero, pero amable al mismo tiempo. Seis pies y una pulgada, hombros de atleta, mentón agudo, mirada perspicaz, manos grandes y nervudas: ése era Brian Bond.

—¿Tienes algo que hacer esta noche? —preguntó Malloy.

—¿Algo que no sea trabajar para el FBI, señor?

—A eso me refería.

—Pues no... Caramba, señor... ¡Qué tontería!

—Sí, ya sé... Eres un perro de presa tenaz... ¿O deberíamos decir un lobo hambriento... de delitos?

—No me gustan los delitos. Pero, puesto que se cometen, creo que alguien tiene que hacer lo posible para que sean castigados...

¿Qué debo reprender hoy, señor?

—No es nada de eso... Entiendo que vives cerca de Santa Mónica Boulevard... ¿Okay?

—Okay.

Norval Malloy alzó una hoja de papel arrancada de una libreta de anotaciones de llamadas al FBI.

—En el 2888 de Santa Mónica Boulevard vive un hombre llamado Josuah Hobson... Creo que eso no queda lejos de tu apartamento.

—Queda relativamente cerca. ¿Por qué?

—Bueno... El tal señor Hobson llamó esta tarde, hacia las seis y media, a la Delegación. Parecía un tanto... excitado, según se indica en «observaciones» de la llamada.

—¿Qué tontería?

—Nada importante en principio. Por tanto, la solución a su llamada fue pospuesta. Sabía que vendrías aquí como cada día para despedirte, y pensé que no te molestaría pasar a visitar al señor Hobson. No es tiempo lo que sobra en el FBI, Brian.

—Ya lo sé. ¿Qué debo decirle al señor Hobson?

—Es él quien te dirá algo. No sabemos qué. Solamente dejó el recado de que quería hablar con el FBI. Esto del FBI es un poco... elástico. ¿Qué entiende el señor Hobson por FBI? ¿Una pandilla de chicos alegres que disponen de todo su tiempo para escuchar confidencias?

Brian Bond sonrió divertido.

—Ya sé que hay muchos como él. Creen que el FBI puede resolverles hasta la más pequeña contrariedad. Por ejemplo, el muchacho aquel de Pasadena: llamó para decirnos que estaba convencido de que habían raptado a su novia... Ella se llamaba Olivia Forrest, creo. Nos entregó una serie de fotografías, nos explicó sus costumbres, nos dijo dónde trabajaba, su edad...

—Recuerdo el «caso» —casi rió Malloy—: la chica apareció al día siguiente en un motel en compañía de un amigo del denunciante. Fue una mala pasada que le jugaron al muchacho, pero a nosotros nos llevaron de coronilla toda una noche. Y... Bien, es posible que esta vez sea algo parecido, cosa de poca importancia. Cuando el asunto es en verdad serio, el denunciante se presenta aquí, sudoroso, preocupado, jadeante... Este señor Josuah Hobson

no vino personalmente. Se limitó a llamar a la Delegación un tanto excitado..., pero sin venir. Eso ya es una buena señal de que no ocurre nada realmente grave. De todos modos, es conveniente quedar bien con... el «público». Así que, si no te importa, deberías pasar a visitar al señor Hobson antes de dedicarte a leer tus libretos y ver televisión... ¿Okay?

—Sí, señor. Le preguntaré qué mosca le ha picado.

—No lo hagas así —volvió a sonreír Malloy—: le preguntas si le ocurre algo y le aseguras que el FBI está completamente a su servicio, igual que está al servicio de todos los ciudadanos norteamericanos. Luego te vas a dormir y mañana me dices lo que sea.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—No, nada... Gracias. Ah, sí, espera... Bueno, ya sabía yo que había algo interesante en esto... Mmmm... Interesante no es la palabra exacta; quizá, digamos intrigante...

—¿Intrigante, señor?

—Sí... Según veo en la nota de llamada, el señor Hobson mencionó algo referente a unas «*geishas*».

Brian Bond alzó las cejas, en verdad sorprendido.

—No comprendo, señor.

—¿No sabes lo que es una «*geisha*»?

—Oh, sí... Eso sí, desde luego. Una «*geisha*» es una chica japonesa dedicada a divertir a los hombres; a divertirlos en el buen sentido de la palabra, se entiende. Poseen conocimientos de música, poesía, tienen una bonita voz, mucha cultura, son muy educadas, saben conversar de todo y especialmente escuchar de todo. Son corteses, bonitas, silenciosas, serviciales... Saben preparar el té y hoy día hasta un buen *whisky* con soda o vodka con limón. Tocan el laúd, o la armónica, o el banjo... o como quiera que se llamen los instrumentos musicales japoneses. En resumen, están consideradas como... un sedante para los hombres muy ocupados. Si ellos quieren que hablen, ellas hablan; si quieren silencio, ellas permanecen en silencio; si quieren música, ellas tocan lo que sea; si quieren café, té, *whisky* o cerveza, ellas saben servirlo todo en su justa medida, grado de frialdad o calor, dulzor, sabor... En resumen, yo diría que son las compañeras ideales para los hombres agobiados.

—¿Eso dirías tú?

—Lo dicen los japoneses al menos. Allá las inventaron, a fin de cuentas. Cuando un hombre estaba deprimido, contrataba una «geisha»; ella le cantaba algo o le escuchaba y el hombre salía de allí fresco como una rosa. Se había desahogado... Siempre en el buen sentido de la palabra.

—Parece que estés equiparando a las «geishas» con nuestros psiquiatras, Brian.

—Pues... algo así son... o eran esas chicas japonesas. Impasibles, siempre amables, perfectas con sus kimonos de colores, bien perfumadas, limpias, cultas... La verdad sea dicha, señor, yo creo que los japoneses tuvieron una buena idea con eso de las «geishas». Al fin y al cabo, nada satisface más a un hombre que ser escuchado atentamente por una bonita muchacha.

—Supongo que sabes que las «geishas» no...

—Oh, sí, sí... Sí, señor... Algunos occidentales creen que una «geisha» es algo así como una... Ejem..., una... Vaya, una chica de esas que venden sus favores físicos por unos cuantos dólares. Lo cual es totalmente falso. Una «geisha» es una señorita de lo más honesta que pueda buscarse.

—Exacto, Brian. Bueno, como veo que estás enterado de esos detalles, no hay más que hablar. Ve a ver al señor Hobson, a ver qué te dice de su llamada y de las «geishas». Puede que sea interesante y puede que no. Esto es lo más probable, pero no podemos dejarlo correr sin interesarnos.

—Descuide, señor. Yo me encargo de este asunto de las «geishas». Hasta mañana.

CAPÍTULO II

A la luz de la pequeña linterna que contenía su bolígrafo, Brian Bond veía perfectamente el rostro de aquel hombre.

Tez bronceada, algunos cabellos grises en las sienes, boca grande, crispada en aquel momento... Lo de la boca crispada, así como el detalle de los ojos abiertos, era lógico si se tenía en cuenta que aquel hombre había sido muerto de tres balazos en el pecho no hacía mucho de ello.

El cuerpo estaba todavía tan caliente que Brian Bond se preguntó si el asesino podía estar ni siquiera a quinientas yardas de la casa número 2888 de Santa Mónica Boulevard.

Obviamente, la pregunta tenía que formularse en la mente del g-man:

¿era Josuah Hobson aquel hombre muerto? ¿Era aquél el cadáver del hombre que aquella tarde había llamado al FBI solicitando una entrevista con un agente especial?

Brian se incorporó y se quedó mirando la puertaventana que daba al jardín por la cual había entrado, tras haber llamado varias veces a la puerta sin obtener respuesta. Aquella puerta-ventana la había encontrado abierta, ajustada solamente. Y puesto que él tenía que hablar con el señor Hobson, y el señor Hobson vivía allí, había entrado, notando aquel levísimo presentimiento de otras veces respecto a que algo no estaba funcionando bien.

Y, como siempre, el presentimiento se había cumplido. Fuese o no fuese aquel cadáver el de Josuah Hobson, algo no estaba funcionando bien en aquella pequeña villa de Santa Mónica Boulevard.

Y a poco que un agente especial del FBI se pusiera a pensar, la conclusión era por demás evidente: aquel cadáver, en efecto, era el

de Josuah Hobson, quien había sido asesinado para que no pudiese decir al FBI algo que, sin duda, debía ser interesante. Una conclusión simple, sencilla. No hacía falta ser un genio para comprender tan sencillo proceso.

Estuvo todavía unos segundos contemplando el rostro de aquel hombre. Había sido, sin duda, un rostro agradable y honrado. Y enérgico. Uno de esos tipos pétreos, quizá algo huraños, pero son capaces de viajar dos mil millas para devolver cinco centavos que le fueron prestados en un momento de apuro. Uno de esos hombres que no se encuentran ni en los museos de personajes raros. Ésta fue la impresión de Brian Bond al menos.

¿Siguiente paso? Llamar a la Delegación del FBI. Y desde ese momento todo seguiría un curso normal de investigaciones, hasta encontrar al asesino. Porque, sin discusión, el FBI encontraría al asesino.

Esto era tan cierto e infalible como que el cielo estaba lleno de estrellas aquella noche.

Muy lleno de estrellas.

Mucho más de lo normal.

Esto le pareció a Brian Bond cuando, al ponerse en pie y acercarse al teléfono, recibió el golpe en la nuca. Un tremendo impacto, un hachazo propinado con el canto de la mano justo en la base del cuello: un perfecto golpe de judo. Notó un espantoso calambre en todo el cuerpo, vio cientos, quizá miles de estrellas, y supo que sus piernas se doblaban... Así y todo, quiso volverse hacia aquel sofá tras el cual había aparecido el personaje. Y se giró, doblándose sus piernas, llena su cabeza de zumbidos, sus ojos de estrellas...

¡Flapppp...!

El segundo golpe, en el otro lado del cuello, fue decisivo, perfecto, impecable.

Y el agente del FBI, Brian Bond, sin haber podido ver ni tan siquiera la silueta de su agresor, rodó sobre la alfombra, desvanecido.

CAPÍTULO III

El forense se acercó a ellos y asintió con la cabeza.

—Efectivamente, murió hacia las siete y media —dijo—. O sea, casi exactamente a la hora en que usted llegó, señor Bond. La causa de la muerte es fácil de determinar: tres perfectos balazos en el corazón. Un tirador de primera, diría yo.

Norval Malloy también asintió con la cabeza. Miró hacia los g-men

encargados del registro, de la búsqueda de huellas y detalles, pero los muchachos movieron negativamente la cabeza. Nada. No habían encontrado nada por el momento. Pero seguían buscando.

—Gracias, doctor. Si espera unos minutos podrá disponer del cadáver para su autopsia.

—¿Autopsia? —musitó el forense—. Bueno, la haré, porque ése es mi trabajo. Pero es innecesaria. No hace falta ser médico forense para saber que tres balazos en el corazón pueden matar hasta a un elefante... Ya le daré el resultado oficial.

—Sí, gracias.

El forense se quedó mirando amablemente a Brian Bond, que se hallaba sentado en un sillón, con cara de pocos amigos, fruncido el ceño, agrio el gesto y dándose masajes en la nuca.

—¿Puedo aliviarlo, señor Bond?

—Ya se pasará solo, gracias.

—Pues hasta mañana.

—Adiós... Y otra vez gracias.

El forense salió del *living*, mientras los g-men

técnicos en huellas y pistas acababan su labor con respecto al cadáver: fotografías, dibujos, anotación de señales especiales, marca

de la silueta en el suelo...

Malloy puso los brazos en jarras y se dedicó a mirar a su alrededor con aquella astuta expresión habitual en él. Se decía del inspector-jefe de Los Ángeles que podía ver una hormiga arrastrando medio grano de arroz desde un par de millas de distancia; pero, obviamente, esto eran exageraciones. Evidente, puesto que Malloy no vio nada que pudiese ayudar al esclarecimiento de... de nada.

Se estaban llevando el cadáver, y los de huellas parecía que empezaban a encontrar aburrido el trabajo. Malloy sabía que esto ocurría cuando, al fin, se encontraban demasiadas huellas, y eso le puso de un humor más bien malo.

—¿Y no oíste nada hasta que te golpearon? —Gruñó.

—No, señor —gruñó también Brian—. No oí nada. Solamente soy un ser humano, con dos orejas normales. Pero esto sí puedo asegurarlo: quien me golpeó sabía de judo lo suficiente para ser un «cinturón negro».

—O sea, tanto como tú... ¿No te parece... curioso, Brian?

—Sí, señor. Nos llaman para contarnos algo de «*geishas*», encontramos muerto al hombre que nos llamó y me golpea alguien que sabe de judo tanto como yo, un «cinturón negro». En resumen, todo huele a japonés, señor.

—Pero el señor Hobson no era japonés.

—No, claro...

—Es absurdo. Todo esto es absurdo. ¿Qué demonios puede importarle al FBI un asunto de «*geishas*» japonesas? ¿Por qué Josuah Hobson nos llamó?

—Se lo preguntaré al tipo que me golpeó... cuando lo encuentre, claro.

—Sería mejor que te retirases a dormir. El descanso te irá bien. Nosotros...

—No, señor. Yo me quedo.

—Lo suponía —sonrió secamente Malloy—. Bueno, sólo hay que esperar a que venga Cecil con los datos que haya podido encontrar sobre el difunto señor Josuah Hobson.

CAPÍTULO IV

Cecil Davis llegó procedente de la calle, recogiendo a otro g-man,

Al Brookins, en el despacho que había en el fondo de la pequeña villa donde se había cometido el asesinato. Los dos agentes cambiaron impresiones rápidamente y aparecieron en el *living*, mirando con una amistosa sonrisilla irónica al todavía enfurruñado Brian Bond.

—¿Qué...? —preguntó Malloy.

—Al y yo hemos encontrado datos bastante completos, señor. El tal Josuah Hobson es uno de los socios propietarios de una empresa dedicada al transporte por carretera. La firma se llama General Transport.

Norval Malloy quedó pensativo unos instantes antes de musitar:

—¿Y el otro socio?

Davis sonrió un tanto duramente.

—Pensé ya en eso, señor. Se llama Horace Dickerson y tiene una villa parecida a ésta no muy lejos de aquí, en Inglewood. —Davis echó un vistazo a su libreta de notas—. Exactamente en el 872 de Pomona Drive.

—Bien... Opino que sería una buena idea hacerle una visita discreta, de... cortesía, al señor Horace Dickerson. Brian y yo vamos a encargarnos de eso. Vosotros seguid investigando cosas de esta compañía de transportes. Procurad enteraros de cómo están las cosas.

—Sí, señor.

—Mark —llamó Malloy al

g-man

que mandaba el grupo de huellas—: acabad del todo con esto y

encárgate de los pequeños asuntos finales. ¿Vamos, Brian?

Segundos después entraban en uno de los coches. Brian al volante, y Norval Malloy junto a él.

—Lleva el asunto con vista, Brian. Nada de interrogatorios directos. El caso del socio que mata a otro es perfectamente aceptable en teoría, pero dudo que sea cierto en esta ocasión.

—Parece que no encaja esto del asesinato de un socio con la mención de unas «*geishas*», en efecto, señor. Bueno, tendré mucho tacto con Horace Dickerson.

—Yo te esperaré fuera. Quizá encuentre alguna cosa interesante.

CAPÍTULO V

Pero cuando llegaron al 872 de Pomona Drive, Norval Malloy no se quedó fuera del recinto de la pequeña villa, delimitada por una valla blanca y baja.

Primero, tras detener Brian el coche, los dos se miraron, sorprendidos. Luego, fruncido el ceño, se apearon y caminaron hacia uno de los agentes uniformados de la policía que había junto al coche-patrulla. Más allá se veía otro coche negro, sin distintivo oficial alguno, pero que los dos

g-men

sabían que también pertenecía a la policía.

—Inspector Malloy del FBI —mostró éste su tarjeta al agente de uniforme—. ¿Qué ha ocurrido?

—Hay un muerto en la casa, señor —saludó el agente—. El teniente Fernands se está encargando del asunto.

—Bien... Supongo que no hay inconveniente en que entremos.

—Ninguno, señor —sonrió el policía.

Y cuando los

g-men

cruzaban el jardincillo hacia la casa, el policía se quedó pensando que la cortesía es buena cosa. Los del FBI podían haber entrado allá sin tan siquiera pedir un rutinario permiso, pero... La cortesía es buena cosa.

El teniente Floyd Fernands, de Homicidios, salió inmediatamente a recibir a los del FBI en cuanto fue avisado de su presencia. Apareció en el pequeño vestíbulo, saludando con la mano en alto, con gesto de viejos amigos, a Brian Bond, y tendiéndosela luego a Malloy.

—¿Han asesinado a Horace Dickerson? —preguntó Malloy con

una lógica deductiva en verdad facilona.

La respuesta fue, por tanto, sorprendente:

—No, no... El muerto es un muchacho llamado Steve Chambers. Y Horace Dickerson es quien lo ha matado.

Brian y Malloy cambiaron una mirada de desconcierto. Aquello ya no tenía lógica. O quizá no sólo tenía lógica, sino que se iban a encontrar con el caso resuelto apenas comenzado.

—¿Cómo ha sido eso? —preguntó Brian.

—Parece ser que Steve Chambers llegó a la casa armado de una pistola, dispuesto a matar a Horace Dickerson, efectivamente. Pero éste, que se hallaba junto al bar, sacó un revólver que siempre tiene allí y disparó varias veces contra Chambers. Un tirador pésimo el tal Dickerson: de cuatro disparos acertó solamente dos. Uno en el vientre de Chambers y otro justo en la frente.

—¿Es seguro de que las cosas sucedieron así?

—Bueno... Todas las evidencias lo demuestran. Además, hay una testigo. El señor Dickerson no estaba solo en la casa cuando llegó Steve Chambers.

—Una testigo... ¿Quién es ella?

—Agatha De Armond. Parece que ella y Dickerson son viejos amigos... íntimos. Tiene un salón de belleza cerca de Beverly Hills llamado *Glamour*.

—¿Ella corrobora la explicación de Horace Dickerson?

—Por supuesto. Y está muy asustada. Pero veamos, Malloy: ¿qué hacen ustedes aquí? ¿Alguien los ha llamado?

—Hace cosa de una hora han asesinado a un hombre llamado Josuah Hobson, socio de Horace Dickerson, en Santa Mónica. Y veníamos a ver a Dickerson de un modo... discreto, por si podíamos enterarnos de sus movimientos esta noche.

—Entiendo... El viejo dilema del asesinato de un socio a manos del otro. Bueno, no creo que éste sea el caso. Mmmm... Más bien podríamos pensar ahora, tal como están las cosas, que ese muchacho, Steve Chambers, asesinó a Josuah Hobson y luego se vino aquí dispuesto a hacer lo mismo con Horace Dickerson.

—Es una teoría con mucha base, ciertamente.

—Con muchísima, diría yo —sonrió torcidamente Fernands—. Sobre todo si tenemos en cuenta que el tal Chambers estaba empleado en la firma de Dickerson, en las oficinas, en calidad de

contable y cajero.

—Contable y cajero. —Malloy soltó un bufido de disgusto—. Eso explica tantas cosas que me parece que nos vamos Brian y yo ahora mismo. ¿Qué opinas, Brian?

—Podríamos echar un vistazo ahí dentro, señor. El caso parece de lo más vulgar, pero ya que estamos en marcha...

—Bien... ¿Por qué no? Vamos allá, Fernands.

—Sería conveniente enviar la pistola de Chambers a balística, señor. Allá nos dirán si las tres balas que acabaron con la vida de Josuah Hobson salieron de esa arma, y entonces todo estará solucionado.

—Así se hará.

Floyd Fernands caminaba ya hacia el interior de la casa y Brian tiró suavemente de una manga de Malloy, inclinándose hacia él para musitar:

—Las «*geishas*», señor... No hay que olvidarlas. ¿Qué pueden tener que ver unas «*geishas*» con todo esto?

—Ya hablaremos tú y yo.

Fernands se había vuelto a mirarlos y frunció ligeramente el ceño. Pero los g-men

se reunieron en seguida con él y entraron juntos en el *living*. Había hombres de la policía moviéndose de un lado a otro, pero sin tomar huellas; solamente unas fotos y tomando medidas. Al fin y al cabo, allí las cosas estaban mucho más claras que en la villa de Josuah Hobson.

En una mesita de centro se veía un revólver. Más allá, a la derecha, una pistola, muy cerca de la extendida mano de un hombre tendido de lado en el suelo.

Un hombre muy joven, de unos veinticinco años, vestido muy discretamente, con seriedad. Por sus rasgos parecía haber sido un muchacho de notable inteligencia. Y muy atractivo. Se veía una mancha oscura en la región abdominal y un feo agujero negruzco en la frente.

En un sofá estaban sentados un hombre y una mujer. Él debía tener unos cuarenta años y parecía alto y fuerte. Ojos claros, mirada inteligente, rasgos varoniles, atractivos, firmes; había cruzado los dedos de ambas manos y las apretaba con fuerza, sin duda nervioso,

excitado, pero conteniéndose muy bien. La mujer que estaba junto a él estaba un tanto pálida y su nerviosismo era más evidente. Debía tener treinta años y era muy hermosa. Ojos azules, cabellos castaños, boca grande y sensitiva... Y un cuerpo perfecto, realzado por el bonito vestido de noche, corto y escotado.

Pareció asustarse, más bien sobresaltarse, cuando entraron los tres en el *living*.

—La señorita De Armond, el señor Dickerson —presentó Fernands—. Mmm... Temo que tengo una mala noticia para usted, señor Dickerson.

—No será peor que ésta —musitó Dickerson—. ¿De qué se trata?

—Su socio, el señor Hobson, ha sido asesinado esta noche, hace aproximadamente una hora.

Agatha De Armond ocultó el rostro entre las manos y dejó escapar un estremecido sollozo. Dickerson apretó los labios y se quedó mirando fijamente al teniente de Homicidios. Su mirada se desvió brevísimamente hacia el cadáver de Steve Chambers, para regresar de nuevo al policía, que asintió gravemente con la cabeza.

—Es probable que sea lo que usted piensa, señor Dickerson. De todos modos, usted quizá pueda decirnos si su empleado tenía... motivos de alguna clase para querer asesinarlos a los dos.

—¿Motivos? ¡Desde luego que no! —exclamó Dickerson—. ¡No hay en toda la General Transport un solo empleado que esté descontento de...!

—No me refería a eso. Además, muy descontento tendría que estar el señor Chambers para cometer dos asesinatos. Yo me refería a ciertas posibilidades de tipo exclusivamente personal; no olvidemos, según usted me ha dicho, que Steve Chambers era su contable y cajero. ¿Había en perspectiva cercana alguna revisión de los fondos de la caja o algo parecido?

Horace Dickerson parpadeó confuso unos instantes.

—Sí... —susurró al fin—. Bueno, aún faltaban diez o doce días para examinar las cuentas y efectuar el arqueo...

—¿Solían tener mucho dinero en la caja?

—No siempre. Pero últimamente debía haber noventa o cien mil dólares —su mirada adquirió una expresión de alarma—. ¡No es posible que Steve...!

—Bueno... Sería conveniente que mañana se encargase usted de

comprobar todo eso. Por nuestra parte esta misma noche vamos a llevar la pistola de Chambers a balística para comprobar si fue esa pistola la que mató a su socio. Desde luego, mi opinión personal es que todo está demasiado claro... Parece que llega ya la ambulancia, de modo que retiramos el cadáver y los dejaremos solos. A menos que prefieran estar acompañados por alguno de mis agentes.

—No, no... Pero gracias, teniente.

—Me ocuparé esta noche de redactar un informe completo, así como la declaración de ustedes. Les agradecería que mañana temprano pasasen por el Departamento para firmarla, una vez la hayan leído y estén conformes con ella.

—Sí, sí, lo haremos... ¿Debemos considerarnos... detenidos o algo así? Especialmente yo, puesto que he sido quien ha... matado a Steve.

—De ninguna manera, señor Dickerson. Usted estaba en su casa, tiene permiso de armas y Steve Chambers vino a matarlo, lo cual aún queda más claro después de saber que probablemente pasó antes a matar a Josuah Hobson; esperamos que balística aclare esto. Y si es así, todo estará perfectamente claro. Nadie le molestará por haber matado a quien venía a hacer lo mismo con usted después de matar a su socio.

—Entonces... ¿podemos salir de mi casa? Quisiera... ir a ver a Josuah. Bien... Sé que no puedo hacer nada por él, pero... Ha sido todo tan inesperado, tan trágico... ¿Podré verlo?

—Y se le agradecerá que lo identifique. Uno de mis hombres lo acompañará a la Morgue si lo desea.

—Sí... Eso sí, gracias.

Entraron dos camilleros y el forense de la policía señaló el cadáver y luego el exterior. En medio de un tenso silencio, el cadáver fue recogido y sacado de la casa.

—Bien... Parece que esto es todo por el momento. Los espero mañana en el Departamento —se volvió de pronto hacia Norval Malloy—. A menos que el inspector Malloy tenga alguna pregunta que hacer o alguna sugerencia...

—Ninguna, Fernands —negó Malloy—. Es un caso claro para la policía local. Si lo desean, Brian los ayudará en el asunto de balística, y usted y yo concretaremos nuestras respectivas posiciones camino del Departamento. No parece que haya lugar a nuestra

intervención.

CAPÍTULO VI

—Pero a nosotros nos llamó Josuah Hobson, señor —recordaba Brian Bond un par de horas más tarde—. Y luego está el asunto de las «*geishas*». Aparentemente, todo está clarísimo, pero yo diría que nos estamos alejando el máximo de la verdad.

Norval Malloy dejó de examinar las fotografías procedentes de balística. Se veían las tres balas extraídas del cadáver de Josuah Hobson y otras tres que habían sido disparadas con la pistola encontrada cerca de la crispada mano de Steve Chambers. Aparte de la evidencia que mostraban las fotografías, el informe de balística aseguraba que, sin lugar a dudas, todas las balas habían salido de la pistola de Steve Chambers.

Una pistola que, además, según los recientes informes recibidos del Police Department, mostraba claramente las huellas de Steve Chambers. La propiedad inicial de aquella arma jamás se sabría, ya que el número de serie había sido limado, borrado.

—Pocas veces habremos tenido un caso tan claro —musitó Malloy, pensativo—. Ahora sólo falta que mañana se compruebe que falta dinero en la caja de la General Transport para que hasta el más estúpido de los investigadores tuviese la solución en menos de un segundo.

—Pero el asunto de...

—Sin embargo —cortó Malloy, mirando de pronto a Brian—, algo no me gusta de esto, Brian.

El

g-man

suspiró, como tranquilizado.

—A mí tampoco, señor. No veo relación entre lo que evidentemente ha ocurrido y la llamada de Josuah Hobson

mencionando unas «*geishas*».

—No... No veo yo tampoco qué relación puede haber entre una cosa y otra. ¿Por qué nos llamó Josuah Hobson? ¿Temía quizá que Steve Chambers fuese a matarlo? ¿Crees que pudo ser eso, Brian?

—No, señor. Yo estoy seguro de que Josuah Hobson nos llamó para ponernos al corriente de algún delito federal. Y no es delito federal malversar fondos de una compañía privada..., lo cual aún está por comprobar.

—Fíjate bien: delito federal, «*geishas*», llamada al FBI, dos asesinatos... Mmm... Digamos un asesinato y una muerte en defensa propia... Dos muertes, vaya. O sea, repito: una llamada al FBI, delito federal, «*geishas*», dos muertes y agresión a un agente federal del FBI empleando la técnica del judo. Podemos relacionar las «*geishas*» con los golpes de judo que recibiste; ambas cosas llevan marchamo japonés. Luego podemos relacionar la llamada a la Delegación, un delito federal y dos muertes. ¿Tú qué opinas de esto?

—Todavía no veo claro, señor. Pero déjeme libres nada más que unas horas mañana y seguiré el...

—Te encargarás del asunto. Floyd Fernands y yo nos hemos puesto de acuerdo. Todo para la policía... Pero tú irás siguiendo el curso de todos los acontecimientos. Cuando alguien llama al FBI es por algo..., y no seremos nosotros quienes desoigamos ninguna llamada.

CAPÍTULO VII

El ayudante del fallecido Steve Chambers, un muchacho de poco más de veinte años, alzó la cabeza, ante la expectación de cuantos le rodeaban.

—Fa... fa... faltan... faltan —tragó saliva y casi gritó—: ¡Faltan cuarenta y seis mil quinientos veinticinco dólares!

Horace Dickerson se dejó caer en una silla, desalentado.

—No es posible... No...

Floyd Fernands carraspeó.

—Será mejor que vayamos al Departamento, señor Dickerson. La señorita De Armond debe estar esperando allá para firmar la declaración, a la cual habrá que hacer cierto añadido muy aclaratorio.

—Cuarenta y seis mil dólares... —gimió Dickerson—. ¡Esto me va a poner en aprietos, teniente! Yo... yo no... no entiendo todo esto, lo que ha pasado... Josuah muerto, Steve Chambers muerto, faltan cuarenta y seis mil dólares... Esta tragedia me tiene... desmoralizado.

—Lo comprendo. Pero hay que seguir adelante, señor Dickerson.

—Sí... Claro... En seguida estoy con usted, teniente. Iré a firmar la declaración.

Fernands se apartó con dos de sus agentes, dejando a Dickerson ocupado en dar algunas instrucciones al ayudante de Steve Chambers, que ahora ocuparía su empleo.

—Id al apartamento de Chambers —dijo Fernands—. Su hermana, aquella chica que estuvo anoche en la Morgue para identificarlo, debe estar allí. Si no se opone, registrad el apartamento. Si se opone, uno de vosotros se quedará allí y el otro irá a buscar una orden de registro. Buscad dinero, talonario de

cheques, alguna contraseña o llave de alguna caja fuerte o lista de Correos... Hay que encontrar ese dinero, en el supuesto de que Steve Chambers no lo haya gastado alegremente... ¿Quiere ir con ellos, Brian, o prefiere venir al Departamento?

Brian Bond, que asistía silencioso a todo cuanto ocurría a su alrededor, movió negativamente la cabeza.

—Iré con sus hombres, teniente. Anoche no pude ver a la hermana de Chambers y me gustará ver qué cara tiene.

CAPÍTULO VIII

Tenía una cara preciosa y unos enormes ojos rasgados, de color violeta, que dejaron a Brian Bond poco menos que cardíaco cuando se fijaron en él. Se notaba en seguida que la muchacha había pasado mala noche, pero aquello no la afeaba en lo más mínimo. Ligeramente pálida, leves ojeras, quizá un gesto contenido de cansancio... y los ojos todavía un poco enrojecidos. Pequeños detalles que jamás podrían disminuir la belleza de la hermana de Steve Chambers. En cuanto a su figura, Brian Bond pensó que, contra la opinión general, existe la perfección en la mujer.

—Sí, sí, los recuerdo —musitó ella cuando uno de los policías le mostró su placa—. Estaban anoche en la Morgue...

Se quedó mirando a Brian, al cual, evidentemente, no conocía. Pero nadie lo presentó, y el

g-man

decidió que si quería conservar sus pensamientos en orden lo mejor sería dejar de mirar aquellos grandísimos ojos color violeta.

Entraron los tres, el agente de Homicidios que llevaba la voz cantante, tras una ligera turbación, informó:

—Faltan cuarenta y seis mil y pico de dólares en la caja de la General Transport, señorita Chambers. De modo que la cosa parece estar clarísima. Si usted no se opone, echaremos un vistazo por el apartamento.

—¿Creen que encontrarán aquí ese dinero? —musitó ella.

—Sólo estamos obedeciendo órdenes. Pero si usted se opone a...

—No me opongo a nada. Pueden registrar lo que quieran... Pero no encontrarán ni siquiera doscientos dólares, que son míos y bien míos. Mi hermano no ha robado ese dinero ni... ni ha hecho nada malo. Ni anoche ni nunca.

Desde luego, los dos policías no estaban dispuestos a discutir esto con la muchacha, así que se dedicaron a lo suyo, empezando directamente por el dormitorio de Steve Chambers.

—¿Usted no registra...? —Miró ella hoscamente a Brian.

—No.

—¿Me está vigilando a mí? ¿Creen que esconderé algo?

—No debería mostrarse tan agresiva, señorita Chambers. Ninguno de los que estamos aquí, incluida usted, tenemos la culpa de lo que ha ocurrido.

Ella se mordió los labios. Estuvo unos segundos mirando fijamente, con gran atención, los grises ojos del g-man...

—Perdone —musitó—. Yo comprendo muy bien que la policía tiene que cumplir con su deber, pero...

—También nosotros la comprendemos a usted —sonrió levemente Brian—. Su actitud es normal, señorita Chambers, no se preocupe. Ni se altere cuando encuentren el dinero.

La muchacha se había sentado en el pequeño sofá, abatida, pero alzó vivamente la cabeza.

—¿Qué... qué dinero?

—El que falta en la caja de la General Transport.

—¿Usted... está sugiriendo que ese dinero está aquí, en mi apartamento?

—De otro modo nada tendría sentido, señorita Chambers. Tiene que estar aquí.

—¡Mi hermano no ha robado jamás a nadie!

—No he dicho eso exactamente —advirtió Brian con intención.

—Entonces... ¿qué?

Los dos agentes del Police Department, Sección de Homicidios, salieron en aquel momento del dormitorio de Steve Chambers. Uno de ellos llevaba en una mano un par de zapatos masculinos muy cuidadosamente. Había motivos para ello, porque de los dos zapatos sobresalían las puntas de sendos montones de billetes arrugados. De cien, de cincuenta, de veinte dólares... Obviamente, habían estado metidos a presión en las punteras de los zapatos, rellenoando éstos. Pero era un escondite harto vulgar para dos policías que conocen su oficio.

—No hay más —dijo el policía alzando los zapatos—. Desde

luego, aquí no está todo, los cuarenta y seis mil y pico de dólares... Es de suponer que lo que falta ha sido gastado en cosas... diversas.

Brian Bond miró a la muchacha. Ésta había palidecido intensamente y contemplaba con ojos desorbitados los billetes que sobresalían de los zapatos.

—Mucho me temo, señorita Chambers —musitó el otro policía —, que será usted llamada en breve al Departamento para prestar declaración sobre este asunto.

—No... Esto no es verdad...

—Lo lamento. Pero usted misma está viendo los billetes. Claro que... pueden ser suyos, de usted o de su hermano. Calculo que hay aquí alrededor de cinco mil dólares. ¿Son suyos?

—No... Jamás hemos tenido Steve y yo tanto dinero...

—Lo siento. Desde luego, esto cierra definitivamente el caso. Ya la avisaremos para su declaración. Mientras tanto, si podemos servirla en algo...

—No —gimió la muchacha—. ¡No! ¡Váyanse! ¡Márchense de aquí!

Escondió el rostro entre las manos y rompió a llorar. Oyó las pisadas hacia la puerta del apartamento. También oyó ésta al ser abierta primero y cerrada después. Estuvo más de un minuto sollozando, estremecida..., y de pronto lanzó un grito agudo, de miedo, al notar la mano en uno de sus hombros. Quiso levantarse, sobresaltada, pero aquella mano la retuvo, la obligó suavemente a permanecer sentada.

—Cálmese... Y siga llorando si quiere. Yo no tengo ninguna prisa, señorita Chambers.

Ella se quedó mirando al g-man.

Lo veía deformado, como si estuviese bañado en colores, a través de las lágrimas.

—Usted... usted no se ha ido...

—Creo que estoy aquí —vio la blanca sonrisa del hombre.

—¿Se ha quedado para... para vigilarme...?

Brian sacó un pañuelo y lo tendió a la muchacha, que se secó los ojos y se lo quedó entre las crispadas manos.

—Ya... ya se lo devolveré... Muchas gracias.

—De nada —volvió a sonreír Bond—. ¿Ve cómo el dinero estaba

en el dormitorio de su hermano? No podía ser de otra manera, claro.

—No comprendo...

—Tenía que estar. De lo contrario todo habría sido discutible. Ahora, en cambio, las cosas están tan claras que, ya lo ha oído usted, el caso se cerrará definitivamente. Habría sido un mal trabajo no ocuparse del asunto del dinero. ¿Puedo sentarme?

Ella asintió con la cabeza y Brian se sentó en un silloncito delante de la muchacha. Esto no le convenía demasiado, porque cada vez que su mirada se fundía en la de ella las ideas se le espesaban tanto que estaba seguro de no poder continuar hacia delante.

—La solución —dijo— está en ponerme unas gafas oscuras.

—¿Unas...? ¿Qué... qué solución...?

—Oh, me refería a otra cosa ahora. ¿Quiere fumar?

—Sí... Oh, sí, gracias.

Brian Bond tendió el paquete hacia la muchacha, con dos cigarrillos sobresaliendo. Ella tomó uno, él lo encendió y luego hizo lo mismo para él. La hermana de Steve Chambers lo miraba fijamente, claramente desconcertada.

—Me llamo Brian Bond —dijo el g-man

—; soy agente especial del FBI.

Ella se desconcertó aún más.

—¿Del... del...?

—Sí. ¿Conocía usted al señor Josuah Hobson?

—Sí...

—¿Y al señor Dickerson?

—También, claro... Los dos eran muy amables con Steve, lo querían mucho. Steve es... era muy inteligente y hacía muy bien su trabajo. Ellos estaban contentos, y hasta hemos salido juntos un par de veces.

—¿El señor Hobson, el señor Dickerson, usted y su hermano?

—También vino la señorita De Armond.

—Ah, sí, claro... ¿Qué opina de ella?

—Pues... No sé. Nada. Es muy... hermosa. Ella y el señor Dickerson son... amigos, según entendí.

—¿El señor Hobson no tenía ninguna amiga?

—Que yo sepa, no, señor Bond. ¿Por qué el FBI...?

—¿Usted sabe algo de las «*geishas*»?

—¿De qué? —Se pasmó ella.

—¿No sabe lo que es una «*geisha*»?

—Bueno... Sí, claro... Pero no comprendo qué tienen que ver las «*geishas*» con todo esto...

—¿Su hermano no ha mencionado estos últimos días la palabra «*geisha*»?

—No... No lo recuerdo al menos.

—¿Nadie que usted conozca la ha mencionado?

—No.

—¿Está segura?

—Casi totalmente. Quizá alguien dijera algo, no sé... Pero me acordaría, señor Bond. Estoy segura de que me acordaría.

—¿Conoce a algún japonés o japonesa? ¿Puede recordar si su hermano tenía tratos con alguien de esa raza?

—Pues no sé... Pero no creo. Steve y yo nos lo contábamos todo casi siempre. Si hubiese conocido a un japonés, y sobre todo a una japonesa que fuese «*geisha*» o algo así, él me lo habría dicho. Oh, sí, estoy segura de que me lo habría contado todo.

—¿Usted tiene idea de en qué ha podido gastar su hermano la suma de cuarenta mil dólares?

—¡En nada! ¡Él no ha robado ese dinero!

—Insisto en que yo no digo eso, señorita Chambers. Pero quizá usted recuerde alguna... antigua aspiración de su hermano, algo que costase mucho dinero: una casa, una embarcación, algún negocio bueno que le hubieran ofrecido...

—Steve y yo vivíamos felices con lo que él ganaba. Y ninguno de los dos haríamos nada deshonesto para conseguir más.

—¿Alguna vez vio a su hermano con una pistola en la mano, o cualquier otra clase de armas?

—Nunca.

—¿Jamás le habló de armas, nunca insinuó el deseo de tener una pistola o una escopeta de caza o...?

—No.

—La supongo enterada de que su hermano tenía una pistola, que ha sido identificada como la que...

—Sé todo eso. Anoche me lo explicó la policía.

—¿E insiste en decir que su hermano nunca tuvo armas?

—Insisto.

—Mmm. ¿No podría ser que él tuviese pensado algo, que adquiriese una pistola y que usted no se enterase...? Quizá usted notó algo extraño en él durante los últimos días. Podía estar como... disgustado, o retraído, silencioso, preocupado...

Ella vaciló.

—No sé... Es posible que sí... Sí, ahora que usted lo dice, llevaba un par de días un poco... hermético.

—¿Asustado, preocupado, nervioso, irritado...?

—Yo diría que un poco disgustado, quizá.

—¿Quizá alguna contrariedad en el trabajo?

—No. No creo.

—¿Su hermano tenía novia o algo... parecido?

—¡No, señor!

Brian Bond se rascó pensativamente la coronilla.

—¿Qué opina usted de Josuah Hobson?

—Era un hombre... serio. Y muy estricto. No admitía el menor fallo en nada.

—¿Diría usted que era un hombre honrado?

—¡Desde luego!

—¿Y qué opina del señor Dickerson?

El rostro de la muchacha se nubló.

—No sé.

—Comprendo sus sentimientos. Pero piense que si el señor Dickerson no hubiera disparado contra su hermano, ahora sería él quien estaría muerto. Todos haríamos lo mismo, en iguales circunstancias.

—Es posible que tenga usted razón, señor Bond. Sí... Es posible. ¿El señor Dickerson? Yo diría que es honrado, desde luego; pero de carácter diferente al señor Hobson.

—Eso es natural. Cada uno tiene su carácter, señorita Chambers. ¿Usted opinaría que el carácter de Horace Dickerson tiene algo de malo?

—¿Malo? No... No, desde luego... Es menos serio que el señor Hobson, más alegre, un poco más distraído, concede menos importancia a las cosas... En general, es... un hombre amable y simpático.

—Comprendo el esfuerzo que le ha costado decir esto. ¿Y qué diría usted de la señorita De Armond?

—¿Ella? Es hermosa, todavía joven... Es muy agradable, muy simpática... Sabe tratar a la gente.

—Eso podría significar que quizá usted y ella se vieran con cierta frecuencia. Supongo que congeniaron en esas veces que salieron juntas. Debían llamarse por teléfono, salir solas alguna vez, quizá...

—No. Bueno, la última vez que salimos fue hace... dos días, sí. Ella me dijo que yo era... encantadora, y que le gustaría ser mi amiga. Me dijo que podía ir siempre que quisiera a su salón de belleza, y eso me agradó. Se lo dije a Steve, y él...

Se calló. Su ceño se frunció. Quedó pensativa tanto tiempo, que Brian se impacientó un poco.

—¿Qué dijo Steve?

—Pues él dijo... dijo que no quería que yo fuese a semejante lugar.

—¿Semejante lugar? —se asombró Brian—. ¿Es un lugar sucio, o indeseable en algún sentido...?

—Todo lo contrario *Glamour* es un salón de belleza muy moderno, muy caro. Tiene una clientela... selecta, diría yo. Y no se me ocurre ningún motivo por el que Steve pudiera decir eso.

—¿Él no le dio ninguna explicación?

—No... Yo creí que sería, quizá, porque allá iba gente que tiene mucho dinero, y debió temer que yo iniciara alguna amistad que más adelante no podría... frecuentar debidamente. Él era sólo un modesto empleado, a fin de cuentas.

—Entiendo. ¿De veras no puede recordar nada referente a una «geisha», o varias «geishas»...?

—No, señor. Y sigo sin comprender qué tienen que ver las...

—Tampoco yo lo comprendo... —admitió Brian—. Creo que voy a marcharme ya, señorita Chambers. Me gustaría ayudarla en algo. ¿Puedo?

—No sé... No creo, señor Bond.

—Si necesitase algo, no vacile en llamarme a la Delegación. También llámeme si recordase algo referente a unas «geishas». ¿Le molestaría que fuese esta tarde al sepelio de su hermano?

—No... —Parpadeó la muchacha—. De ninguna manera. Usted

es muy amable, señor Bond.

Brian encogió los hombros y se dirigió a la puerta, que daba al *living*. La abrió, pero todavía no salió.

—Una última pregunta, por favor: ¿cuál es su nombre de pila?

—Irene.

—Irene... Es muy bonito. Hasta luego, señorita Chambers.

CAPÍTULO IX

—Parece que esa chica te ha impresionado mucho, Brian.

—Es muy bonita, señor. Se parece mucho a su hermano: los dos con una cara de honradez que asombran.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que la jugada ha salido perfecta. ¿Se da cuenta, señor? Todo ha salido perfecto: ni una sola prueba en contra de Steve Chambers ha fallado.

—Pero tú no estás conforme —musitó Malloy.

—Lo estaría si alguien me dijera qué es eso de las «*geishas*». Pero nadie sabe nada. Bueno, la verdad es que sólo he preguntado a Irene... Chambers.

—Quizá Dickerson sepa algo —sonrió Norval Malloy.

—Quizá. Pero no hay que preguntárselo a él. En definitiva, ha sido el único beneficiado con todo este asunto.

—Oh, vamos, Brian... ¿Estás pensando que él lo planeó todo?

—¿No podría ser? —Se amoscó Brian.

—Todo puede ser, en esta cochina vida —gruñó Malloy—. Pero haría falta que Horace Dickerson fuese un... genio de la delincuencia para haber preparado todo esto con tal perfección. Ha sido examinado... microscópicamente, por Cecil y Al, así como la General Transport. No hay ni una pizca de mancha en la vida de Horace Dickerson. La empresa funciona bien, ambos socios ganaban bastante dinero, tienen seis camiones que hacen los transportes por toda la nación: naranjas, frutas y hortalizas de todas clases, manufacturas diversas, algo de maquinaria pequeña, grandes partidas de aparatos electrodomésticos... Un negocio rentable, bien montado, perfectamente organizado... El crédito de la General Transport es bueno, sus empleados están contentos... Yo creo que

no se puede pedir más. Y, finalmente, Horace Dickerson cuenta con una testigo ocular: Agatha De Armond, que lo presencié todo. ¿Lo habías olvidado acaso?

—Agatha De Armond... —musitó Brian—. Es curioso. Irene... Chambers me dijo que... Sí, es curioso. Parece que la señorita De Armond y la señorita Chambers decidieron intimar después de la última salida del grupo, hace un par de días. La señorita De Armond ofreció a la señorita Chambers su salón de belleza, se entiende que gratuitamente... Pero cuando ella dijo de ir allá, Steve Chambers le dijo que no quería que fuese a «semejante lugar».

—¿Semejante lugar? ¿Qué quiso decir con eso?

—Irene cree que Steve pensaba que aquél no era lugar para ella, pues iba gente adinerada, y se podía crear amistades con las cuales no podría más adelante alternar debidamente.

—Bueno... Parece bastante razonable.

—Pero..., ¿y las «geishas», señor? ¿Dónde intervienen aquí las «geishas» que mencionó Josuah Hobson? Algo de «geishas» tiene que haber en este asunto... Algo que nos atañe a nosotros, al FBI.

—Se te hará tarde para ir a ese entierro —musculó Malloy.

—Oh, sí... Me voy en seguida. Y luego, si usted no se opone, creo que me daré una vuelta por ese salón de belleza llamado *Glamour*.

—A lo único que me opongo yo es a que mis hombres no se tomen interés por su trabajo. Ya me dirás algo.

CAPÍTULO X

Glamour era, en efecto, un regio salón de belleza. Se adivinaba tan sólo verlo desde fuera, desde la acera de enfrente; grandes cristaleras, bonitas persianas graduables, tiestos con plantas en un espacioso y brillante vestíbulo descubierto... Según parecía, a las seis de la tarde, el salón de belleza cerraba sus puertas. Las empleadas iban saliendo alegremente, haciendo comentarios que debían tener no poca gracia, puesto que todas reían...

Finalmente, hacia las seis y veinte, apareció la propietaria, Agatha De Armond. Cerró con llave la gran doble puerta de cristal, y luego miró calle abajo, como desorientada. Hubo un gesto de reconocimiento en sus ojos y caminó, con paso vivo y elegante, hacia un pequeño coche deportivo, descapotable, azul y blanco, estacionado unas veinte yardas más abajo.

Brian Bond miraba a la hermosa mujer con el ceño fruncido. Respecto al salón de belleza, poco más había que ver, sin duda. No hacía falta ser un lince para comprender que «semejante lugar» era, sin duda, uno de los buenos salones de todo Los Ángeles, magníficamente instalado con vistas a la cercana y posible clientela de Beverly Hills. Entonces, toda la atención convenía centrarla en Agatha De Armond, aunque cabía preguntarse si valdría la pena seguirla... ¿Qué podía hacer aquella mujer cuando cerraba su salón de belleza? Escuchar música, ir a un espectáculo, encontrarse con Horace Dickerson... ¿Y qué?

Quizá era que Brian Bond estaba todavía deprimido tras asistir al entierro de Steve Chambers. Irene había sido el único familiar presente. Y ni un solo amigo, Steve Chambers debía haber tenido amigos en la General Transport, pero por supuesto, todos ellos habrían optado por asistir al sepelio de Josuah Hobson, su ex jefe, y

además víctima de Chambers... El

g-man

había visto tan deprimida a la muchacha, tan encerrada en sí misma, que ni siquiera se había atrevido a conversar con ella. Se habían mirado, le pareció que ella le había sonreído levemente, y eso fue todo. Luego, antes de que él se decidiese a ofrecerle su auto, Irene Chambers había subido al coche de la empresa funeraria destinado a familiares, y se había marchado.

«Probablemente, me estoy complicando la vida. —Pensó el agente del FBI—. Siempre cabe la posibilidad de que Josuah Hobson dijera cualquier otra palabra, que fue interpretada como “*geishas*”. Pero ¿por qué quería hablar con alguien del FBI? Si no fuera...».

La sorpresa lo dejó paralizado, de pronto. Más que sorpresa, en realidad, fue una... revelación, un presentimiento todavía no muy claro, que experimentó al ver al japonés acercarse a Agatha De Armond cuando ésta se disponía a abrir la puerta de su coche.

El japonés era de mediana estatura, hombros muy anchos, cintura brevísima. Vestía zapatillas de baloncesto, unos

blue-jean

y un jersey negro. Cabeza muy redonda, ojos negríssimos, cabello muy corto...

Dijo algo y Agatha se volvió hacia él, dando la espalda al

g-man,

que empezó a caminar hacia allí, sin darse exacta cuenta de que lo estaba haciendo, quizá porque aquel presentimiento se estaba concretando...

El muchacho japonés, apenas de veinticinco años, hablaba un tanto congestionado, rápidamente. Parecía que la ira lo iba dominando rápidamente, y hasta alzó una mano, con una energía furibunda.

Sin dejar de caminar hacia allí, Brian Bond sacó velozmente su encendedor, lo apuntó hacia Agatha De Armond y el japonés, y tomó tres fotografías, sobre la marcha, caminando cada vez más de prisa.

Estaba guardándose el encendedor cuando el japonés gritó algo que no pudo entender. Su rostro estaba crispado por la rabia, que lo ponía poco menos que fuera de sí. Dio un paso atrás, metió una mano en un bolsillo del pantalón y la sacó furiosamente,

adelantándola hacia el rostro de Agatha De Armond, tras apretar el botoncito que soltaba el resorte de la navaja. La hoja brilló con fuerza cuando fue blandida ante el rostro de la propietaria del *Glamour*, que parecía querer fundirse con su coche, incrustarse en él. El japonés volvió a gritar algo, y parecía completamente decidido a soltar un tremendo navajazo contra la mujer...

Justo entonces, Brian Bond caía sobre él, por la espalda. Le pasó un brazo por el cuello, y con la otra mano sujetó la muñeca del brazo armado del japonés.

—Quieto —masculló—. No se mue...

Recibió un codazo en el estómago, tan fuerte, que perdió todo el aliento en la brusca aspiración. El japonés soltó su muñeca y se zafó del brazo del

g-man,

volviéndose velozmente hacia él.

Sin pérdida de tiempo, le lanzó un navajazo al vientre que lo habría destripado salvajemente si el federal no hubiera saltado hacia atrás, todavía pálido, sin aliento... Fallado el navajazo, el japonés le soltó un trallazo con la otra mano, de canto, acertándole en pleno pecho cuando Brian retrocedía otro paso, de modo que el golpe llegó muy atenuado.

Y entonces fue el agente del FBI quien pasó al ataque: sin importarle la navaja del japonés, y desistiendo de hacer uso de su automática, se lanzó de cabeza contra su enemigo, en una finta que engañó completamente al nipón. Lo esperaba con la mano derecha dispuesta a soltar otro golpe de navaja..., pero Brian Bond no llegó hasta donde esperaba, sino que se detuvo en seco, y de un puntapié arrancó la navaja de la mano del japonés. Inmediatamente dobló la cintura hacia adelante, lanzando un trallazo que era adecuada réplica del recibido en el pecho. El japonés no tuvo tanta suerte. Quiso saltar hacia atrás, pero la mano del federal llegó con tanta fuerza todavía, que lo derribó de espaldas, alzándolo, levantándolo como si fuese una pluma. Tras el batacazo, el japonés se puso en pie de un salto, como si hubiese rebotado... Miró con no poca curiosidad a Brian, esperó a que éste se hallase poco menos que sobre él, y entró en acción de pronto, inopinadamente: asió una mano del federal, se la pasó por encima de la cabeza mientras giraba..., y Brian tuvo que elegir entre seguir la torsión de la presa

u oír el chasquido de su brazo al romperse. Optó por lo primero, se dio el gran golpe contra el duro suelo, quiso ponerse en pie... y recibió un terrorífico hachazo en un hombro, que le derribó de nuevo.

La mano del japonés, como si fuese efectivamente un hacha, se alzó nuevamente sobre su cabeza, se abatió con fuerza escalofriante..., pero el

g-man

la desvió interponiendo su antebrazo. La mano del nipón se deslizó en golpe fallido, y al mismo tiempo, recibía un tremendo puñetazo en plena nariz, que lo tiró contra el coche. Brian Bond lo recogió al rebote, lo enganchó de nuevo con un puñetazo en el estómago, lo enderezó con un cruzado en la barbilla..., y al mismo tiempo recibía un fuerte patadón en el bajo vientre, que lo fulminó de rodillas, nuevamente pálido, lívido.

Y el japonés decidió abandonar entonces la lucha, quizá porque se oía el silbato de un policía, cada vez más cerca. Dio la vuelta y echó a correr calle abajo, a una velocidad increíble, de auténtico atleta, apartando a todo el mundo.

Brian se puso de nuevo en pie, no muy firme sobre las piernas, pero sí firme en su idea de atrapar a aquel hombre. Llegó a la esquina respirando fuertemente, casi recuperado. Había mucha gente mirando sobresaltada hacia atrás, hacia donde corría el japonés, sin duda. Gente que se apartó cuando vieron la enorme automática en la mano del agente del FBI, que continuó corriendo hacia la siguiente esquina, en pos del japonés...

Y cuando llegó a la siguiente esquina, vio al japonés... alejándose a toda la velocidad de una vieja moto muy potente, que crujía con gran fuerza. Brian Bond alzó la pistola, pero la bajó inmediatamente. Aparte de la distancia, de la dificultad del tiro y del deseo de tener vivo a aquel hombre, estaba el peligro de que una de las balas hiriera a alguien... Guardó la pistola bruscamente, furioso consigo mismo, y regresó hacia donde se había iniciado la pelea. Antes de llegar, un agente uniformado de la policía apareció ante él, pero ni siquiera le dio tiempo a hablar. Mostró su placa, y movió una mano rabiosamente.

—No ha pasado nada... —Gruñó—. Que todo el mundo siga su camino... No ha pasado nada.

—Está bien...

Brian llegó ante Agatha De Armond, que estaba apoyada en el coche, palidísima, rodeada de gente que otro policía estaba apartando. Brian recogió la navaja del japonés, con un pañuelo, y se la guardó, llamando por señas al policía, al cual mostró también su placa y tarjeta del FBI. Luego, el

g-man

se abrió paso un tanto rudamente y quedó ante la hermosa mujer, todavía crispado el rostro por la rabia y el dolor atroz que notaba en el hombro golpeado tan certeramente.

—¿Se siente bien, señorita De Armond?

Ella lo miró asustada, y desconcertada al mismo tiempo.

—Oh, usted, usted me ha ayudado... Lo vi anoche en...

—Así es. ¿Se encuentra bien?

—Sí... Sí, creo, creo que sí...

—De todos modos, no me parece oportuno que conduzca ahora... ¿Puedo llevarla a algún sitio?

—Me parece que... voy a volver al salón.

—La acompañaré. —Brian la tomó de un brazo, e inmediatamente gimió, claramente dolorido, encogiendo el hombro.

—Me parece —sonrió brevemente Agatha— que usted ha salido peor librado que yo. Le agradezco mucho...

—No tiene importancia, señorita De Armond. El dolor pasará por sí solo.

—Ah, no... Yo le ayudaré, señor...

—Bond —ella lo miró sorprendida, y él acabó, forzando una sonrisa—. Brian Bond, solamente. Del FBI.

—¿Del FBI? Pero yo creía...

—¿Que era de la policía? Pues no. La verdad, señorita De Armond, es que acababa de llegar, dispuesto a conversar unos minutos con usted..., si no tiene inconveniente.

—Ninguno, desde luego —ella abrió la puerta de cristal—. Pase, señor Bond. Pero ahora que pienso, esos policías...

—Ya les he dicho que me encargo del asunto. Todo está bien. Entremos. No nos interesan para nada los curiosos.

Entraron los dos. Ella cerró la puerta y dio la luz del espacioso vestíbulo, adornado con muchas plantas. Señaló hacia el interior y precedió a Brian, que pudo ir comprobando que «semejante lugar»

era una maravilla auténtica de instalación en todos los sentidos.

—Iremos a la sala de masajes... —dijo de pronto Agatha—. Usted está necesitando uno urgentemente.

—No, no... He recibido otros golpes como éste, y no creo...

Ella dio la luz de la sala de masajes y se volvió hacia él, sonriendo. Parecía estar ya completamente calmada.

—Insisto... —señaló una camilla de metal—. Le aseguro que está usted en buenas manos, señor Bond. Quítese la ropa.

—Emmm... Señorita De Armond...

—Por favor. Déjeme demostrarle mi gratitud a mi manera. Soy una masajista muy experta, se lo aseguro.

—Bueno... El caso es que ese golpe duele de verdad... Ese tipo sabía cómo hay que pegar en serio.

—Y yo sé cómo aliviar cualquier dolor de esa clase. ¿Se quita la ropa... o se la quito yo, señor Bond?

Se quedaron mirándose fijamente. Había una expresión brillante, sugerente, en los magníficos ojos azules de Agatha De Armond. Llevaba un vestidito de punto, muy ajustado, de color rojo pálido, en el que destacaban magníficamente sus rotundos contornos.

Brian se quitó la ropa, de cintura para arriba. Se sentía un poco molesto, pero tenía por norma seguir siempre la corriente a todo el mundo, cuando estaba trabajando. Las personas hablan más, y más espontáneamente, cuando están haciendo lo que quieren hacer. Y si Agatha De Armond quería aliviarle el en verdad intenso dolor del hombro con una sesión de masajes, pues... miel sobre hojuelas.

Cuando miró a la espléndida mujer, ella parpadeó, como queriendo disimular la admirativa expresión de sus ojos, fijos en el elástico, poderoso torso del g-man.

Señaló la camilla de metal y Brian se tendió boca abajo. Notó un suave olor a linimento perfumado, y luego, en su hombro, los finos dedos femeninos, apretando con una delicadeza casi inadecuada para aquella colosal espalda de piel dura, áspera...

—¿Se va sintiendo mejor, señor Bond?

—La verdad es que sí... Es usted sensacional, señorita De Armond.

—¿Se refiere al masaje?

Brian ladeó la cabeza y forzó los ojos hacia arriba. Vio los de

Agatha fijos en él y la cálida sonrisa en los labios grandes y húmedos.

—Sí... Al masaje.

—Oh. ¿Para qué quería usted verme?

—Bueno... Usted ya sabe que la policía se ha encargado de todo este asunto de Josuah Hobson y Steve Chambers. Pero, puesto que nosotros intervenimos casi casualmente, debemos redactar un informe completo sobre el caso. Rutinas del FBI.

—Sí, lo comprendo... ¿Y qué puedo saber yo que les ayude, señor Bond?

Las pequeñas pero fuertes manos de Agatha De Armond seguían hundiendo la carne del

g-man,

en un perfecto y auténtico masaje de relajación, que alejaba rápidamente el dolor del hombro golpeado.

—Usted y la señorita Irene Chambers son, en cierto modo, amigas, ¿no es así?

—Podríamos serlo más. No nos vemos demasiado. Le ofrecí mi salón de belleza siempre que quisiera, pero no ha venido por aquí. Es una chica quizá excesivamente seria. Fría, incluso, diría yo.

—Bien, el caso no es ése... Verá: la policía ha encontrado alrededor de cinco mil dólares de los cuarenta y seis mil que faltan en la caja de la General Transport. Ellos dan por sentado que Steve Chambers gastó el dinero que falta, pero nosotros, el FBI, somos más... desconfiados.

—Creo que lo voy entendiendo, señor Bond. ¿Cree usted que Irene puede saber algo de esos cuarenta mil dólares de diferencia?

—Es una posibilidad. ¿Qué cree usted?

—Que no. De ninguna manera, señor Bond. Pondría mi mano en el fuego por esa chica. Me precio de conocer a las personas, he corrido mucho mundo antes de recalar en Los Ángeles... No. Decididamente, no creo que Irene sepa nada de ese dinero.

—¿Pero sí cree que Steve Chambers pudo desfalcarlo?

—Tampoco me convence mucho eso, no crea. Pero un hombre es... diferente. Sí: diferente.

—¿Diferente? ¿En qué?

—Digamos que una chica no necesita dinero para divertirse... Sobre todo, si es tan bonita como Irene Chambers. A los hombres,

generalmente, les hace falta mucho dinero si quieren... divertirse.

—¿Una mujer? —sugirió Brian.

—Todo podría ser. Pero no tome mis palabras como revelaciones, señor Bond, se lo ruego. Son sólo opiniones particulares. Bien entendido que jamás me pareció Steve Chambers un muchacho capaz de cosas de este tipo.

—Sin embargo, faltan cuarenta mil dólares. O los tiene alguien, o Steve Chambers era... de ese tipo de hombres.

—Puede ser cualquier cosa. Desde luego, no se me ocurre nada que pueda ayudarle. Lo siento de veras... ¿Se siente mejor ahora?

—Muchísimo mejor, de veras. Supongo que un masaje de esta... categoría costará sus buenos dólares a las damas que vienen al *Glamour*.

—Desde luego... —susurró Agatha—. Pero para usted es gratis... Todo... gratis, señor Bond. Todo.

Brian volvió a forzar la mirada hacia arriba y vio a Agatha inclinándose hacia él. No se movió. Y los labios de ella se posaron dulcemente en su oreja derecha, deslizándose luego hacia el cuello, el mentón, la garganta... Oía claramente la agitada respiración de la mujer, y notaba sus labios frescos como cuidadosas ventosas, que emitían levísimos chasquidos a cada beso. Las manos de ella se clavaban, con más fuerza ahora, e inmóviles, en la musculosa espalda del hombre del FBI, que permaneció absolutamente inmóvil, hasta que volvió a oír la voz femenina junto a su oreja.

—Absolutamente gratis... todo. Y absolutamente... todo. Usted es... un hombre... impresionante, señor Bond.

Brian se movió entonces, y ella se apartó. Él se sentó en la camilla, movió el hombro y sonrió.

—Milagroso... —dijo—. Respecto a mi... impresionante apariencia, señorita De Armond, yo tenía entendido que ya se había dejado usted impresionar antes por otra. El señor Dickerson no es precisamente un enano, ni un alfeñique.

—¿Horace? —susurró ella—. Tontería... No hay comparación. Somos buenos amigos... y eso es todo.

—Sin embargo, anoche, las apariencias...

Brian se había puesto en pie, y ella se abrazó a él, rodeando el fuerte cuello con sus brazos, suspirando.

—No hagas caso de las apariencias... —Casi gimió—. Solo... de

las realidades.

Le besó en los labios, con fuerza, profundamente. Brian estuvo a punto de apartarla, pero todavía tenía que hacer preguntas a aquella hermosa mujer que besaba como si le fuera la vida en ello, de modo que apretó fuertemente su cintura, y correspondió al beso cumplidamente.

Ella se apartó, respirando ansiosamente, brillantes los ojos.

—Eres... impresionante en todo —dijo.

—Será mejor que me vista... —sonrió él—. Oh, me olvidaba de una cosa: ¿qué pasó con ese japonés? ¿Por qué quería matarte?

—¿Qué importa eso ahora? Y..., ¿realmente piensas ponerte la ropa? ¿No crees que lo estás haciendo al revés?

—Tengo trabajo todavía esta noche —sonrió prometedoramente el federal—. Pero no olvidaré tus masajes... cuando tenga un rato libre. ¿Qué fue lo del japonés?

—No lo sé bien... Debía estar loco... —Ella estuvo acariciando los hombros de Brian hasta que éste se puso la camisa—. Dijo no sé qué de un dinero que tenía que haberle llevado una muchacha, y que no lo había recibido.

—¿A qué se refería?

Ella le miró asombrada.

—No tengo la menor idea. Ya te digo que debía estar loco, el pobre. No lo había visto en mi vida, ni sabía de qué me estaba hablando. Cuando sacó, la navaja estuve a punto de desmayarme.

—Bueno... Quizá él crea que sí sabes algo de lo que le interesa. ¿Conoces a alguna muchacha japonesa, quizá?

—¿Muchachas japonesas? Pues... A varias. alguna vez he tenido empleadas de esa raza. Pero me duran poco. Me piden la cuenta y se van. Es posible que él se estuviese refiriendo a alguna de ellas, no lo sé...

—¿No mencionó ningún nombre?

—Pues... Quizá sí, pero no lo entendí. Oh —pareció asustarse—, ¿crees que ese hombre puede volver?

—Si él está convencido de que tú sabes lo que él ignora, es posible que vuelva. Debe estar un poco loco, desde luego. Sólo así se explica esa fuerza tan salvaje que ha demostrado. No es por jactancia, pero resulta un poco difícil escaparse de mí en una pelea cara a cara.

—Lo creo... —sonrió melosamente Agatha—. Estoy absolutamente convencida, después de acariciar tus músculos... ¿Volveremos a vernos pronto, Brian?

—¿Por qué no?

—Pero no aquí —sugirió ella.

—Bueno... Siempre hay sitios mejores, en efecto. Te telefonearé. Ahora me urge ir a ver al jefe... No le gustará que regrese sin tener idea de dónde están esos cuarenta mil dólares, pero, al menos, de algo ha servido que yo decidiera venir a verte, ¿no?

—De mucho —ofreció ella sus labios.

—Me refiero a que te he salvado la vida, según parece —sonrió Brian.

—Y yo me refiero a todo... ¿De veras no puedes quedarte?

—Lo lamento.

—Mi nombre está en el listín... Es fácil localizar el número de mi apartamento.

—Lo tendré en cuenta.

Ella volvió a abrazarse a él, y Brian Bond no tuvo inconveniente alguno en devolver el gimiente beso de la espléndida mujer, que pareció quedar desconsolada cuando él la apartó.

—Hasta pronto —se despidió el g-man.

—Que sea... muy pronto... Oh, creo que no saldré más con el estúpido de Horace.

Brian sonrió, movió una mano en despedida y salió de la sala de masajes. Pero Agatha lo siguió, acompañándolo hasta la puerta de la calle, donde volvió a besarlo, casi furiosamente. Por fin, Brian Bond pudo abandonar el salón de belleza *Glamour*, resoplando.

CAPÍTULO XI

—Aquí está todo —dijo el agente laboratorista—. Las mil fotografías ampliadas y las huellas del japonés, conseguidas de la navaja. ¿Algo más, señor?

Norval Malloy tomó el sobre que contenía las huellas digitales del japonés, señalando con la barbilla un ángulo de su mesa, donde el laboratorista dejó el paquete de mil fotografías.

—Nada más, Andrew; gracias.

—Pues hasta otra... ¡Hey! —Se detuvo junto a Brian, y comenzó a olfatear, como divertido—. ¿A qué hueles?

—A linimento —gruñó el g-man.

—¿De veras? Vaya... Bueno, yo diría que este olor no es precisamente de linimento.

—Es un linimento perfumado —masculló Bond.

—¿Qué me dices? —Abrió mucho los ojos Andrew—. Demonios, los de «acción» os lo pensáis todo. Huele muy bien. Ya me darás el nombre de ese linimento.

Salió del despacho de Malloy, riendo. Éste miró al enfurruñado Brian Bond, sonriendo con cierta ironía.

—Bueno, tenemos las fotografías y las huellas. Ahora, sólo hay que repartirlas, para que todo el mundo se dedique a buscar a ese japonés: la policía, los patrulleros... Todos. Incluido el FBI. ¿Crees que ese japonés puede ser la misma persona que te golpeó en la casa de Josuah Hobson? Naturalmente, sin contar a Steve Chambers.

—He reflexionado sobre eso y creo que no. Pueden decir lo que quieran respecto a la impasibilidad oriental, pero aquel muchacho amarillo me pareció de los que pierden los estribos.

—¿Y qué tiene eso que ver...?

—No sé. Sus nervios lo dominan bastante. No me parece el hombre adecuado para agazaparse tras un sillón o sofá, esperar a que yo vea el cadáver, me acerque al teléfono... Y un detalle hartos significativo: tenía una navaja, que sabía utilizar bastante bien.

—Entiendo. Habría matado a Josuah Hobson a navajazos, ¿no es eso?

—Es más propio de un japonés, y de su temperamento particular.

—Esto tiene lógica, desde luego. Bien, ahora lo difícil va a ser encontrar a un japonés en una ciudad como Los Ángeles... ¿Cuál fue el último censo?

Brian volvió a gruñir.

—Podemos simplificarlo. Ese japonés sabe judo, señor. Y en un alto grado.

—Es un dato muy bueno, ciertamente. Se le buscará principalmente en esos ambientes. Pero, Brian, entre ocho o diez millones de habitantes, no será fácil encontrarlo.

—¿Lo dejamos, entonces?

Ahora fue Malloy quien soltó un gruñido. Apartó tres fotografías del paquete y las tendió al g-man.

—Empezarás tú mismo. Adelante.

CAPÍTULO XII

El rostro de la muchacha apareció en la estrecha abertura entre la puerta y el marco; pero, inmediatamente la puerta se abrió del todo, casi con precipitación.

—Usted, señor Bond...

—Sí. ¿Puedo pasar?

—Desde luego.

Brian entró, ella cerró la puerta..., y se quedaron mirándose, como si ninguno de los dos supiera qué decir. Por fin, Irene musitó:

—¿Viene a por su pañuelo?

—¿Mi...? Ah... Oh, sí, mi pañuelo... Bien... Me lo llevaré, si me promete que no va a necesitarlo más.

Irene Chambers sonrió levemente. Estaba pálida, pero muy bonita. Con una belleza dulce y tranquila que impresionaba profundamente al agente del FBI. ¿Fría? Agatha había dicho que Irene Chambers le parecía incluso fría... Quizá fuese cierto.

—Usted es muy bondadoso y comprensivo, señor Bond. No debe preocuparse demasiado por mí, ya que comprendo la situación, y no voy a dramatizarla más de la cuenta. Espero sobreponerme pronto. Sólo hay una cosa en la que no variaré.

—¿Qué cosa?

—Respecto a mi hermano: no cambiaré jamás mi opinión de que él no ha hecho todo... todo «eso». Le traeré su pañuelo.

Le dejó solo unos segundos, que Brian aprovechó para colocarse en el centro del pequeño *living-hall*, mirando a todos lados, un poco inquieto, y casi furioso por haber conocido a Irene en aquellas lamentables circunstancias, precisamente...

—Su pañuelo..., y muchas gracias.

—No tiene importancia...

—¿A qué huele usted, señor Bond?

Brian Bond enrojeció violentamente.

—A... a linimento... Sí, a linimento.

Irene parpadeó, asombrada.

—No quisiera ofenderle, pero ese linimento me parece más apropiado para... señoras. Debería estar más atento a sus compras.

—Sí... Sí, sí, estaré más atento... Eso haré. Ejem... Señorita Chambers: ¿usted conoce a este hombre, lo ha visto alguna vez? Por favor, haga un esfuerzo de memoria.

Colocó ante los ojos color violeta la fotografía del japonés. Irene Chambers se sorprendió, pero sólo un instante.

—Veo que insiste usted en lo de los japoneses... No. No le conozco. Jamás lo he visto.

—Mire, señorita Chambers, yo estoy de parte de usted, y por eso le pido...

—¿De mi parte? ¿Qué quiere decir?

—Cada vez me convenzo más de que su hermano ha sido solamente una víctima propiciatoria de un plan bien preparado. No sé qué clase de plan, ni adonde quiere ir a parar quienquiera que lo haya organizado. Pero sí sé que intervienen «*geishas*». Esta misma tarde he tenido yo la precaución de tomarle unas fotografías. Lo estamos buscando con todas las fuerzas disponibles, empezando por el FBI y acabando por el último de los confidentes.

—Entiendo. Pero yo no puedo ahorrármelos ese trabajo, señor Bond. No le conozco, de veras. Y créame que me gustaría ayudarle a usted.

—¿Por qué? —musitó Brian.

—Acaba de decir que está de mi parte, ¿no es así?

—Ah... Sin duda.

—Entonces, me gustaría ayudarle. Pero no conozco a este japonés. Y no tengo la menor idea de que Steve estuviese relacionado con personas de esta raza. Señor Bond: ¿es cierto que usted cree en la inocencia de Steve?

—Casi completamente. Mmm... Le voy a pedir un favor especial, señorita Chambers. Casi de tipo... personal. ¿Puedo registrar su apartamento? Yo solo.

Una clarísima expresión de decepción apareció en los bellísimos ojos de Irene Chambers.

—¿Siguen buscando los cuarenta mil dólares? —musitó.

—Yo, no. Sólo quiero asegurarme de que no hay en este apartamento algo que pueda ayudarnos. Cualquier pista: una carta, una tarjeta, un *ticket* de algún lugar, donde, por ejemplo, haya espectáculos japoneses... Ni yo mismo sé lo que busco, señorita Chambers... ¿Puedo?

—Sí.

—Gracias.

* * *

Una hora más tarde, Brian Bond se plantaba ante Irene, que le miró serenamente, sentada en el sofá, con una revista en las manos.

—Nada —murmuró Brian.

—¿Quiere café?

Señaló la cafetera eléctrica, colocada sobre la mesita, y enchufada a un empalme especial en una pata de la mesita. Brian vaciló un instante, pero acabó aceptando.

—Lo tomaré. Pero no está obligada a ser amable conmigo...

—Tampoco usted conmigo. Y lo está siendo.

El

g-man

se sentó en un sillón, delante de ella. Estuvo a punto de cambiar de asiento, cuando los ojos color violeta se clavaron en los suyos, pero, de pronto, llegó a la conclusión de que no sería mala idea irse acostumbrando a la intensa y dulce luz de aquellas pupilas. No. No sería mala idea.

Tomaron el café en silencio, tras aceptar ella un cigarrillo. Brian habría dado cualquier cosa por saber lo que la muchacha estaba pensando, pero, cada vez que miró aquellos terribles ojos enormes, sólo vio una especie de afecto que comenzó a inquietarle. ¿Por qué demonios tenía que mirarle ella de aquel modo tan turbador?

—Bien... Tengo que marcharme —se puso en pie—. No olvide llamarme si recuerda algo, por insignificante que parezca.

Ella también se puso en pie.

—Si no le llamo... ¿ya no le volveré a ver? —musitó.

Brian Bond notó una especie de puñetazo en el estómago.

—Pues... Sí, sí... Bueno, eso espero. La tendré al corriente de mis... teorías. Pero no le aseguro que consiga...

—Es suficiente con que lo intente. Buenas noches, señor Bond. Y gracias por todo.

—Buenas noches —casi masculló Brian.

Salió del apartamento un tanto desorientado, y no poco desconsolado por el hecho de perder de vista aquel par de ojos brillantes color violeta. Se volvió en lo alto del tramo de escaleras y notó otro puñetazo en el estómago al verla allí, despidiéndole con un gesto de la manita. Hizo lo mismo... y estuvo a punto de rodar escaleras abajo. Se asió al pasamanos, de nuevo enrojeció furiosamente y se lanzó escaleras abajo, sin querer volver más la cabeza.

Tenía mucho trabajo por delante, y lo mejor que podía hacer era concentrarse absolutamente en él.

Eso era todo.

CAPÍTULO XIII

A las cuatro de la tarde del día siguiente, un coche se detenía ante el número 49 de Brandon Lañe, en la parte sur de Pasadena. Y Brian Bond y Norval Malloy saltaban de él a toda prisa, para correr hacia el gimnasio que ostentaba ese número. En la puerta había otro agente del FBI, que señaló una estrecha puerta al lado de la que daba entrada al gimnasio por la calle.

—Está arriba —indicó.

Malloy y Brian subieron los escalones de dos en dos. En lo alto se veía otra pequeña puerta, abierta. Y en ella, otro

g-man,

que señaló hacia adentro con el pulgar. Entraron los dos, y apenas prestaron atención a otro

g-man,

que estaba sentado en una silla, y fumando, sin perder de vista al japonés, que a su vez estaba sentado en una estrecha cama colocada en el rincón del pequeño apartamento de una sola pieza.

—Es él... —Casi gritó Brian; se plantó delante del japonés y le alzó rudamente la barbilla—. ¿Me conoce usted?

El japonés asintió con la cabeza. Brian lo soltó, acercó una silla, la colocó con el respaldo por delante y se sentó ante el nipón.

—Okay —masculló duramente—. ¿Cuál es su nombre?

—Richard Yamasumi.

—Entiendo. Norteamericano, de padres japoneses.

—Sí.

—Bien... ¿A qué se dedica?

—Soy profesor de judo en este gimnasio. Vivo aquí.

—De acuerdo. ¿Por qué atacó a aquella mujer? ¿Por qué quiso matarla, Yamasumi?

El japonés le miró fijamente. Luego inclinó la cabeza y no cupieron dudas respecto a su actitud: no quería hablar.

Brian se armó de paciencia.

—Le diré cómo están las cosas, Yamasumi: puedo acusarle de intento de asesinato en la persona de Agatha De Armond, y de agresión con armas a un agente del FBI. Por poco que usted sepa de leyes, se dará cuenta de que esto le costaría veinte años de cárcel, más o menos. ¿Lo comprende?

—No quería matarla... —musitó Yamasumi—. Ni a usted tampoco, se lo aseguro. Lo siento de veras.

—De acuerdo, de acuerdo, acepto eso...

—Me enfurecí. Aquella mujer me sacó de quicio. Yo sabía que ella me lo estaba ocultando... Nunca antes he atacado a nadie, ni he hecho jamás nada malo. Puede usted preguntar a quien quiera por Richard Yamasumi, señor. Todo el mundo me quiere, ya verá. Tengo muchos amigos. Cualquiera de ellos podrá informarle sobre mí. Nunca he...

—De acuerdo —repitió Brian—. Le creo. En efecto, usted parecía enloquecido, fuera de sí. ¿Por qué?

El japonés se quedó mirando al g-man,

fijamente. Y éste se sorprendió no poco al preguntarse a sí mismo si aquél era el mismo hombre que la tarde anterior estuvo a punto de matarle a navajazos y golpes. Ahora, Richard Yamasumi mostraba una mirada directa, limpia, honrada, pesadosa por lo ocurrido. Era un formidable atleta que parecía tan sano de mente como de cuerpo.

—Creo que es cosa mía —musitó al fin Yamasumi.

—¿Cosa...? Muy bien, eso es cierto. También es cosa mía detener a quien intenta matar a dos personas. Llévao slo.

Se puso en pie, pero Yamasumi le miró con ojos desorbitados, sin moverse.

—¿De verdad... estaría veinte años en la cárcel?

—Quizá diez. O quince. O quizá veinticinco, Yamasumi. Nosotros nos informaremos sobre usted. Y si hasta ahora ha sido una persona decente y querida por sus amigos, es posible que... hagamos la vista gorda respecto a lo de ayer. Sólo posible, no prometo nada. Pero debe decirme por qué quiso matar a Agatha

De Armond.

—No quería matarla, realmente... Es que me enfurecí tanto... Pero si voy a la cárcel, sí perderé entonces definitivamente la ocasión de encontrarla de nuevo...

—¿A Agatha De Armond?

—A Keiko.

—¿A quién?

—Keiko Murata. Mi novia, señor.

—No comprendo muy bien —mintió Brian.

—Keiko es mi novia. Ella fue un día a ese salón de belleza, porque alguien le dijo que allá podrían darle un buen trabajo muy bien pagado. Queríamos comprar una casa cerca de aquí, más al Norte, y...

—¿Fue Keiko a buscar trabajo al *Glamour*? —cortó Brian.

—Sí, señor.

—¿Y...?

—Bueno, ella estuvo trabajando allá un par de semanas. Le pagaban ciento cincuenta a la semana y estábamos muy contentos... Pero hace tres días, Keiko no vino a verme. Y ya no la he vuelto a ver... Por eso, ayer fui a... Bueno, aquella mujer dijo que ella tampoco sabía nada de Keiko, pero yo sé que mentía. Algo le ha pasado a ella, estoy seguro.

—¿Qué cosa, por ejemplo?

—No sé.

—¿Quizá Keiko había trabajado alguna vez de..., «*geisha*»?

Richard Yamasumi miró vivamente al g-man.

—¡Claro que no!

—¿Está completamente seguro?

—¡Completamente! Conozco a Keiko desde que éramos niños... Ella jamás ha trabajado en eso. Keiko y yo hemos nacido en Estados Unidos, nuestra mentalidad no es... del todo japonesa. Yo me habría disgustado mucho, señor.

—¿Y los padres de ella?

—No tiene padres, desde hace tres años.

—Bien... Pues su familia. Quizá su familia...

—Ella no tiene familia. Solamente a mí.

—Entiendo. ¿Cómo es Keiko? ¿Bonita?

Yamasumi miró a Brian como si éste hubiese dicho la mayor estupidez del mundo. Por toda respuesta, se puso en pie, fue al pequeño armario colocado a los pies de la cama y lo abrió. En la parte interna de la puerta había muchas pequeñas fotografías, rodeando una grande, en colores, de una bellísima muchacha japonesa. Brian también se puso en pie y se acercó. En todas las fotografías estaban Keiko y Richard Yamasumi; en algunas, la muchacha sola; en un par se veía a los dos, mirándose sonrientes, ambos equipados con los ropajes del «judoka», parodiando una presa muy peligrosa... Y en el centro, un primerísimo plano de Keiko Murata, destacando la exótica belleza de la muchacha, cuya edad no debía alcanzar ni siquiera los veinte años.

—Muy bien, Yamasumi... —musitó Brian—. Esto es todo.

El japonés asintió con la cabeza. Cerró el armario, se quedó mirando al

g-man,

y de pronto tendió ambas manos.

—¿Nos vamos ya? —preguntó, tensa la voz.

Brian frunció el ceño, y se volvió hacia Malloy, que encogió los hombros. De nuevo miró Brian a Yamasumi.

—No nos le llevaremos esta vez, Yamasumi. Pero será debidamente investigado, y de lo que sepamos dependerá nuestra resolución definitiva. ¿Lo entiende?

—¿No me detiene?

—No, por ahora. Pero no salga de la ciudad, y procure estar en todo momento donde podamos localizarle rápidamente. ¿Está claro? No deberá hablar de esto con nadie. Absolutamente con nadie. Por lo demás, y siguiendo las instrucciones anteriores, puede hacer lo que quiera.

—¿Me deja libre, después que ayer quise...?

—Libertad provisional, Yamasumi. Sólo que bajo mi responsabilidad personal. No me defraude.

Richard Yamasumi no salía de su incredulidad. Al fin, movió afirmativamente la cabeza:

—No le defraudaré, señor... ¿Cuál es su nombre?

—Brian Bond. No olvide lo que le he dicho.

Poco después, Brian y Malloy estaban de nuevo en el coche. El g-man

encendió un cigarrillo, antes de poner las manos en el volante, bajo la atenta mirada de su superior.

—Está bien... —Gruñó Malloy—. Parece que las cosas van... tomando cierta forma, ¿no?

—Eso parece, señor.

—Sería una buena idea no perder de vista a la señorita De Armond... —Malloy miró aviesamente a Brian—. Quizá querrías encargarte de ello personalmente. Al menos, tendrás el linimento a mano.

Brian también adoptó una expresión aviesa, maligna.

—No... Si yo estuviese demasiado con ella, Agatha empezaría a temer algo. Y por otro lado, quizá todo sea una equivocación por parte de todos, señor.

—Entonces, ¿sugieres que no la vigilemos?

—Nosotros, no. Tengo la persona ideal. Agatha De Armond no se sentirá inquieta por su presencia.

—¿Y quién es ese personaje tan ideal, tan... idóneo para el asunto?

CAPÍTULO XIV

Irene Chambers emitió tal destello con sus ojos color violeta, que de buena gana Brian se habría marchado de allí, sin más. Pero el deber es el deber.

—No esperaba verlo tan pronto, señor Bond... ¿Quiere pasar?

Algo era algo, pensó Brian. El día anterior, él había tenido que pedir permiso. Ahora era ella quien le ofrecía la entrada. Cerró la puerta y señaló el sofá.

—¿Quiere sentarse? —ofreció.

Magnífico, pensó Brian. Hasta me ofrece asiento. Pero todavía debe estar riendo de mi tropezón de anoche...

—Vengo a pedirle un favor, señorita Chambers.

—¿Usted a mí? ¿Qué favor?

—Bueno... He pensado que usted tendrá que trabajar ahora. Ya no cuenta con su hermano...

—Tiene razón. Y ya estoy pensando en ello, desde luego. Pero quisiera encontrar un trabajo que me gustase. Algo que me absorbiera, a fin de no tener demasiado tiempo para pensar.

—Claro... Sí, lo entiendo. El caso es que... no sé si ese trabajo reúne tales condiciones.

—¿Qué trabajo? ¿De qué está hablando? ¡No me diga que se ha molestado en buscarme un empleo, señor Bond!

—Ejem... Pues sí... Eso he hecho. Y el favor que quiero pedirle, es que acepte ese empleo. Creo que pagan muy bien. Sé de alguien que estaba ganando allí ciento cincuenta dólares a la semana. Otra chica.

—¿La del linimento perfumado?

—No, no... —Enrojeció otra vez violentamente Brian—. La del linimento perfumado es la dueña de... Quiero decir... Mmm...

Bueno, lo que estoy tratando de decirle es que debería emplearse en *Glamour*.

Irene quedó estupefacta. Frunció el ceño, ladeó la cabeza y se quedó mirando a Bond como si el

g-man

no estuviese coordinando debidamente.

—¿Lo dice en serio, señor Bond?

—Agatha De Armond es, en cierto modo, amiga suya. No podrá negarle un empleo... en las actuales circunstancias de usted.

—Esas circunstancias se han producido por la muerte de mi hermano. Y a mi hermano, señor Bond, lo mató Horace Dickerson, el... amigo de Agatha De Armond. No sé si me comprende. Yo no puedo ir a pedirle un empleo a la amiga del asesino de mi hermano.

—Nadie ha acusado de asesinato al señor Dickerson.

—Yo sí. No aceptaré ese empleo. De todos modos, agradezco sus gestiones en mi favor. Buenas tardes, señor Bond.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió. Pero Brian permaneció en el mismo sitio, hosca la expresión.

—No se trataba de hacerle yo un favor a usted, sino usted a mí... Lo he dicho al llegar, ¿recuerda?

—No veo en qué puede favorecerle a usted que yo acepte ese empleo en... semejante lugar.

—Podría ayudarme a seguir una pista en beneficio de la verdad. Una verdad que, según usted cree firmemente, pondría en claro la inocencia de su hermano en todo este asunto. Ése es mi único interés.

Ahora fue Irene quien enrojeció intensamente. Se mordió los labios, cerró la puerta y se quedó mirando al federal.

—Lo siento... —musitó—. Lo siento de veras, Brian... Creí...

Bond volvió a notar el puñetazo en el estómago.

—Creo... —carraspeó—. Creo que yo tampoco he sido muy explícito.

—La culpa ha sido mía.

—No, no... Mía.

—Mía, señor Bond.

—Mía, mía...

Se quedaron mirándose, y, de pronto, los dos sonrieron. Fue como un fogonazo de luz, como un súbito pire cálido que los

envolvió.

—Repartiremos la culpa... —musitó ella—. Y acepto el empleo, desde luego. ¿Qué tendré que hacer?

—Espiar a la señorita De Armond.

—¿Espiarla?

—Absolutamente en todo momento. Ver con quién habla personalmente, o por teléfono. Saber qué hace, adonde va, a qué hora llega o sale del salón de belleza... Todo. Quiero saber, paso a paso, la vida y movimientos de Agatha De Armond. Sin prisas, sin pasos en falso, Ir..., señorita Chambers.

—¿Usted cree que algo ha tenido que ver ella en todo esto?

—Lo sospecho solamente. Quizá fallemos. Pero yo creo que vale la pena intentarlo todo. Tengo... Usted fuma, así que a nadie le sorprenderá que lleve un encendedor...

Irene se quedó mirando, asombrada, el encendedor que le tendía el agente del FBI.

—Ya tengo encendedor.

—Pero no como éste. Dentro hay una pequeña cámara fotográfica, con un microfilme con capacidad para cuarenta y cinco microfotos... Sólo tiene que orientar el encendedor hacia la persona que desea fotografiar, y, o bien encenderlo, o apretar esta parte... Vea... Aquí... Es esta pequeña pieza que parece... parece formar... parte de... de...

Irene se había acercado tanto al g-man,

que sus cuerpos se estaban tocando. Al mismo tiempo, una mano de ella estaba sobre la de él, buscando los dedos el disparador camuflado en el encendedor, palpando allá donde indicaba el g-man.

Y una cosa era cierta: Irene Chambers no olía a linimento.

—Oh, sí, ya lo veo... Aquí. ¿Se hace así?

—Me... me parece que ha tomado una fotografía de sus pies, señorita Chambers.

—Lo siento...

—No importa, no... Quedan cuarenta y cuatro fotos aún. Además, le proporcionaré media docena de microfilmes y le diré cómo funciona esto, para cambiarlos... No se velan, de modo que no tenga cuidado.

—¿Quiere café? —susurró ella.

—No... No, no. La... la... la película, ¿ve?, se quita así... Y luego, la nueva, la... introduce por aquí... ¿Se da cuenta?

—Oh, sí, perfectamente. ¿Por qué?

—Pues se introduce por aquí porque así...

—Le pregunto que por qué no quiere café.

—Pues es que tengo... tengo mucha prisa. Mucha prisa. Esto... Recuerde que debe fotografiar a todas las personas con las que Agatha De Armond trate. A todas: empleadas, clientes, amigas, visitas... Todo el mundo tiene que estar aquí. Pero, bien entendido, con cautela. Es mejor que pierda diez tomas fotográficas a que alguien se dé cuenta de lo que está haciendo.

—Sí, comprendo. ¿No le gustó el de ayer?

—¿Cómo?

—El café de ayer... ¿No le gustó?

—Sí, sí... Estaba... perfecto. Perfecto. Bueno, creo que me voy ya... —Se apartó de ella rápidamente, hacia la puerta—. Sería conveniente que fuese esta misma tarde a ver a la señorita De Armond. Ella suele salir hacia las seis y veinte del *Glamour*, de modo —miró su reloj— que si se da prisa, aún podrá encontrarla allí.

—Está bien.

—La... la llevaría yo mismo, pero tengo pensadas las cosas de otra manera y tampoco conviene que Agatha sospeche que nosotros estamos en complicidad. Casi seguro que nos veremos allá, señorita Chambers. Así, que, hasta luego.

Abrió la puerta, e iba a salir, cuando Irene le tendió la mano.

—Hasta luego, señor Bond.

Brian regresó tan apresuradamente a estrechar la mano, que su rodilla chocó contra el sofá, desplazándolo unas pulgadas. Un brevísimo gesto de dolor apareció en el rostro del federal, que hizo los más grandes esfuerzos por conseguir sonreír acto seguido. Tomó la mano de la muchacha y, como un relámpago, pasó por su mente la idea de no soltarla ya jamás. Claro que eso sería muy incómodo, pero... también muy agradable. La mano de Irene era fina y fresca, pequeña y parecía...

—¿Ya no se marcha? —musitó ella.

Brian soltó la mano como si quemara, dándose cuenta de que la

había retenido demasiado tiempo.

—Sí... Sí, me voy... Adiós.

—Hasta luego, dijo antes.

—Sí... Hasta luego...

Salió de allí a punto de lanzar gritos de rabia contra sí mismo. Segundos después se metía en el coche como si quisiera romperlo. Se calmó de pronto, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar.

No tuvo que hacerlo ni siquiera cinco minutos. Irene Chambers apareció en la calle al cabo de ese tiempo. La vio caminar hacia la próxima esquina y allí paró un taxi.

Treinta y cinco minutos más tarde, el taxi se detenía delante del salón de belleza *Glamour*, y la muchacha se apeaba rápidamente, entregando un billete al chófer. Segundos después, a las seis y dieciséis minutos exactamente, llamaba a la gran puerta doble de cristal...

Desde su coche, detenido en un punto que ya había llamado la atención de un guardia de tráfico, Brian Bond vio a Agatha De Armond abrir las puertas, con gesto amable, casi alegre. Irene dijo algunas palabras y Agatha hizo gestos de quitar importancia a la cosa, señalando hacia el interior del salón de belleza...

—Buenas tardes, señor.

Brian respingó, sobresaltado, cuando oyó la voz, junto a él, a su espalda. Se enderezó en el asiento, y luego sacó la cabeza por la ventanilla. El guardia de tráfico lo miraba con expresión cortés, pero un tanto severa.

—Buenas tardes —masculló Brian—. Estoy en mal sitio, ¿eh?

—Muy mal sitio.

—Lo siento. Me voy inmediatamente... ¿Okay?

—Okay. Hay sitio más abajo si quiere estacionar.

—Sí... Muchas gracias. Adiós.

Había sitio más abajo de la calle, ciertamente. Estacionó el coche y miró su reloj. Las seis y veintidós minutos. Las dos mujeres llevaban poco más de cinco minutos de charla. Cinco minutos más, y ya podría intervenir él.

Transcurridos los cinco minutos, salió del coche, cruzó la avenida, y poco después se encontraba llamando a la puerta del *Glamour*.

Agatha De Armond e Irene Chambers aparecían en el bonito

vestíbulo casi un minuto más tarde, charlando animadamente. Brian golpeó suavemente en el grueso cristal, las dos miraron hacia allí, y la expresión de Agatha se iluminó, con clara alegría.

Abrió las puertas y cogió inmediatamente las manos del federal, mirándole intensamente.

—Brian, querido... ¡Me alegra que hayas venido! ¿Tienes la noche libre, quizá?

El

g-man

miró a Irene, cuyo rostro permanecía inexpresivo. Tan inexpresivo, que hasta la luz siempre radiante de sus ojos color violeta parecía haberse apagado.

—No es eso, precisamente, Agatha... —musitó—. Ya Te explicaré.

—Ah, bien... Bueno, él es Brian Bond, querida, un... amigo muy querido. Ella es...

—La conozco —refunfuñó Brian.

—Y yo a él —dijo fríamente Irene—: es uno de los policías que estuvieron a registrar mi apartamento. ¡Adiós, Agatha!

—No, no —protestó Brian—. Si molesto, seré yo quien...

—La señorita Chambers ya se iba —se apresuró a decir Agatha—. De modo que no molestas. Bien, Irene, hasta mañana a las diez. Pero no te preocupes demasiado por la hora de llegada. Las primeras semanas Seré benevolente contigo.

Irene sonrió, no sin esfuerzo.

—Has sido muy amable al aceptarme. Comprende que debo...

—¡No hay más que hablar! Y estoy encantada de poder ayudarte. Incluso, más adelante, te ayudaré a encontrar algo mejor, ya verás. Algo más de acuerdo con tu carácter.

—Sí... Muchas gracias... Hasta mañana.

—Adiós... Adiós, querida...

Irene Chambers pasó rozando a Brian, pero sin mirarle siquiera. Se alejó de allí rápidamente, taconeando casi con rabia...

—Me parece que no le caes nada bien —sonrió Agatha.

—No es mía la culpa. Cada uno tiene que hacer su trabajo. Además, no a todo el mundo voy a caerle bien.

—A mí, sí... ¿No entras?

—Bueno, sólo venía a...

—No importa a lo que vengas. Primero entra.

—Bien... Pero dispongo de poco tiempo.

Agatha De Armond llevó a Brian a un pequeño saloncito tapizado en color rosa y negro, muy coquetón, realmente íntimo, fascinante... Y todavía no se habían detenido cuando ya ella le estaba besando ávidamente, en los labios, la barbilla, el cuello...

—¿De cuánto tiempo dispones? —musitó.

—Unos... unos minutos...

—¡Unos minutos! —protestó ella, separándose.

—Bueno... El avión sale dentro de una hora, y tengo que recoger todavía algunas cosas en mi apartamento...

—¿Qué avión? ¿Adónde vas?

—Eso venía a decirte. Temo que estaré ausente ocho o diez días. No lo sé con exactitud. Ha ocurrido algo en México que requiere la presencia de un experto.

—Un experto... ¿en qué?

—Pues... —Brian sonrió—. ¿Estás sonsacándome sobre asuntos que sólo conciernen al FBI?

—¡No! —rió ella, volviendo a besarle—. A mí sólo me interesas tú personalmente, no el agente Brian Bond, del FBI.

—Eso es... muy satisfactorio. Bien, tengo que irme...

—¿Y el asunto de los cuarenta mil dólares, todo eso de Steve Chambers y...?

—Ha sido cerrado el caso, de acuerdo con la policía. Evidentemente, Steve Chambers se pegó la gran vida a costa de cuarenta mil dólares de la General Transport. El asunto está finiquitado.

—¿Y no te dejan descansar ni un solo día? Podrías quedarte hoy en Los Ángeles, salir mañana hacia México...

—Querida, estás de broma... —rió Brian—. ¡Si los agentes hiciéramos eso, el FBI sería una pandilla de gandules! Pero —la besó en la nariz— cuando regrese, el jefe me ha prometido tres días libres de los muchos de vacaciones que se me deben... ¿Qué dices a eso?

—¿Tres días... enteros... de verdad?

—Es una promesa formal del inspector, al menos.

Ella se restregó contra él, mimosa, susurrando:

—Si he esperado treinta años para conocerte..., puedo esperar

ahora diez días, Brian. Eso, si no me olvidas.

—Eso sería... imposible.

Tuvo que ser Brian Bond quien iniciara el juego esta vez. Apretó fuertemente a Agatha, besándola en la boca a toda presión, mientras ella, gimiendo, acariciaba los rubios rizos de la nuca del federal, sin dejar de agitarse mimosamente...

—Y ahora —dijo roncamente Brian—: adiós.

—Querido, podrías...

—Agatha —la señaló amenazadoramente con un dedo—: si me detengo aquí tan sólo cinco segundos más, no tomaría ese avión. ¡No! No te acerques de nuevo a mí... No podría resistirlo.

—Como quieras... —Ella tensó el busto, sonriendo—. Tú te lo pierdes.

Brian tragó saliva.

—Espero encontrarlo todo igual dentro de diez días.

—Exactamente... Eres un hombre de mucho y muy firme carácter... —suspiró con fuerza, hinchando más el busto—. Creo que eso es lo que más me gusta de ti.

—Bueno... Yo no conozco muy bien todavía tu carácter..., pero me basta con todo lo demás. Hasta la vuelta.

—Hasta siempre, querido —le tiró ella un beso.

CAPÍTULO XV

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Malloy.

Brian Bond soltó un resoplido.

—Demonios, señor, esa mujer es algo serio. ¿Me creerá si le digo que he estado a punto de perder el avión?

—No digas tonterías... —señaló hacia las pistas de despegue—. Bueno allá lo tienes. ¿Has pasado por tu apartamento?

—Sí. Tengo la maleta fuera del coche.

—Muy bien. En el supuesto de que te estén vigilando para asegurarse de que, en efecto, abandonas Los Ángeles e incluso el país, nos verán dentro de mi coche, y comprenderán que te estoy dando instrucciones respecto a tu trabajo en México. Todo normal, ¿no es cierto?

—Yo creo que nuestra pantomima convencerá a cualquiera, señor.

—Me pregunto si valdrá la pena.

—Insisto en que sí. Ella sabe que yo estaba metido en el asunto, y que no me decidía a abandonarlo. Si es culpable de algo, si sabe cualquier cosa sobre el asunto de las «*geishas*», se moverá esta misma noche, o quizá mañana. Algo tendrá que hacer. En su vida particular, tendrá intervenido el teléfono, y vigilados sus movimientos por diversos agentes que se irán turnando. En el *Glamour* tendrá siempre cerca de ella a Irene, que pondrá todo su interés en el trabajo que le encargué. Algo hará ella, señor, si es culpable, si está metida en el asunto de las «*geishas*».

—Así sea. Ahora, escucha atentamente. Sales de mi coche, recoges tu maleta, te vas al avión y te sientas. Luego pasas inmediatamente al lavabo. De allí al departamento de carga. Dos hombres te están esperando, con una caja de maquinaria abierta,

que se supone contiene herramientas que han empleado para hacer un arreglo dentro del aparato. Te metes en la caja, ellos la cierran, y te sacarán del avión... Conseguido esto, ten cuidado para regresar a la Delegación. Si te vieran entonces, todo habría sido en vano.

—No me verán. Hasta luego, señor.

Salió del coche, recogió su maleta y se dirigió hacia el imponente «jet» que aguardaba a sus pasajeros con destino a Ciudad de México-Guatemala-Bogotá-Río de Janeiro-Buenos Aires.

La trampa estaba tendida.

CAPÍTULO XVI

—Tú mueves —dijo Norval Malloy.

Brian bostezó y se quedó mirando las piezas de ajedrez como si de verdad fuesen caballos y torres. Todo ello, difícil de mover, en la realidad.

—Creo que me voy a comer esta torre de usted, señor.

—Piénsalo bien. En el ajedrez, más que en ningún otro juego, se tienden trampas a montones.

—Oh, sí, ya veo... Usted está esperando que me coma su torre para atacar con los alfiles, acorralándome la reina... Está previsto... Sólo espero que lo intente.

Malloy soltó un gruñido.

—Me pareció que estabas medio dormido.

—Así es, señor. Medio dormido: no completamente dormido... Lo dicho: me como su torre. Veamos cómo organiza usted su contraataque.

—Mmm... Parece que sólo puedo disponer libremente de este caballo, ¿verdad?

—¿Este caballo? ¿De dónde sale?

Norval Malloy lo miró irónicamente.

—De una manga, quizá. No me digas que no lo has estado viendo todo el rato en el tablero.

—Pues sí, pero... Oh, vaya, demonios, jefe, usted es un traidor de primera categoría.

—Jaque... —sonrió Malloy—. Y no me digas que el juego de ajedrez es otra cosa que traición sobre traición. Hay que estar atento, muchacho. Jaque.

—Ya lo ha dicho, ya lo ha dicho —refunfuñó Brian—. Es que este maldito caballo no entraba en mis cálculos.

—Es una falta de atención.

—Bueno, quizá... Moveré la torre derecha hacia... Ah... Tengo ahí un peón que corta todos los caminos.

—¿También estaba aquí este peón?

—Mira, jovencito: si estás insinuando que hago trampas...

—No, no... Vaya... ¿De modo que también tiene un peón?

—Me quedan tres. Pero éste estaba reservado para el momento oportuno. Alto, alto, alto... ¿Qué haces con el rey?

—Pues lo voy a colocar aquí, de modo que escape a...

—No puedes colocarlo ahí... ¿Qué me dices del alfil blanco derecho?

—¿El qué?

—El alfil blanco derecho. Si pones el rey en ese cuadro, lo hace papilla. Piensa algo mejor, si puedes.

Brian se rascó furiosamente la coronilla. Malo si movía la torre, malo si movía la reina, peor si movía el rey... Lo que más le fastidiaba era que Malloy lo estaba pasando en grande, despierto como una lechuza, a pesar de que era ya casi la una de la madrugada.

En aquel momento sonó una llamada a la puerta del despacho de Norval Malloy, que autorizó inmediatamente la entrada. Cecil Davis entró cansinamente, con cara de sueño.

—Salieron —dijo.

Se quedó mirando el tablero de ajedrez. Malloy y Brian se miraron. Por fin, el primero preguntó:

—¿Quiénes salieron?

—Los camiones de la General Transport. Hey... Esto ¿no es jaque?

—¿Por qué no te callas? —masculló Brian.

—No me digas que tienes las negras... —sonrió Davis—. Oye, ¿es cierto lo que me han dicho?

—¿Qué te han dicho?

—Que vas por ahí oliendo a perfume femenino. Deben ser habladurías, claro... ¿O no?

—Fue un masaje... —Se amoscó Brian—. Eso le pasa a cualquiera.

—¿Lo del masaje perfumado?

—¡Narices! Y tú que eres tan listo: ¿qué harías si estuvieras en

mi situación?

—Pues seguiría permitiendo que me dieran masajes, claro.

—Me refiero a la jugada de ajedrez.

—Oh, eso... Mira, Brian, tú estás tonto. ¿Cómo se te ha ocurrido aceptar una partida con el jefe? Es un abusón.

—Me aburría después de salir de una caja pringosa de herramientas y deslizarme hasta la Delegación como un ladrón. Ayúdame, Cecil, maldita sea.

—Que no hay nada que hacer, hombre, que no...

—¿Dónde está Al? —preguntó Malloy.

—Pues estaba en otro coche, señor, de modo que le llamé y le dije que los camiones de la General Transport salían hacia San Bernardino. Entonces él me dijo que se iba para allá, a verlos pasar, y para asegurarse que no variaban la ruta que, al parecer, ya estaba prevista. ¿No ha llamado todavía?

—No.

—Ya llamará. Apuesto a que está camino de la Delegación... ¿No vamos a dormir esta noche? Todo está en orden, según parece... Y tengo una hermosa dama que me está esperando con las sábanas abiertas.

—Pareces un oso en invierno... —Gruñó Brian—. ¿Qué me dices de la jugada?

Cecil Davis examinó más atentamente la disposición de las piezas en el tablero. Durante un par de minutos, casi. Al fin, movió negativamente la cabeza.

—¿Quieres un buen consejo, Brian? ¡Vete a dormir!

—Sería lo más inteligente —rió Malloy—: le tengo preparada una cama estupenda en el despacho contigo.

—A cualquier cosa llaman una cama... —protestó Brian—. Si lo entiendo bien, no hay nada que hacer en esta jugada. Pero quizá...

El teléfono de Malloy, conectado a los radioteléfonos de todos los coches del FBI en Los Ángeles, sonó en aquel momento. Malloy lo descolgó.

—Malloy. Diga.

—¿...?

—Hola, Al... ¿Cómo están las cosas?

—¿...?

—Oh, bien... Sí, sí, muy bien. Nada nuevo, ¿eh?

—¿...?

—De acuerdo.

—¿...?

—¿Que qué haces ahora? Puedes elegir entre dos cosas. Una: venir a la Delegación a ver cómo le doy la gran paliza a Brian. Dos: irte a dormir. Y mañana será otro día.

—¿...?

—¡De acuerdo! —rió Malloy.

Colgó y se quedó mirando malignamente a Brian Bond, que desistió de examinar la jugada, para preguntar:

—¿Qué dice Al?

—Que prefiere irse a dormir. Todo en orden. Los siete camiones de la General Transport han pasado por San Bernardino, enfilando la carretera general hacia El Paso, Dallas, etcétera. Primero dos, luego otros dos, después otros dos, y, finalmente, uno, que parecía haber... perdido el paso.

—Yo me voy a dormir, con su permiso, señor —dijo Cecil Davis.

—Y yo también —dijo Malloy—. Jaque mate, Brian.

—Esto no tiene ninguna gracia —farfulló Brian—. Yo también me voy a dormir.

—Puedo concederte la revancha mañana, si quieres.

—¡Ni hablar! Ya hablaremos de ajedrez dentro de veinte años... más o menos. Me voy a mi lecho improvisado. Buenas noches.

—Que sueñes con masajes perfumados... —deseó Cecil—. ¿Nos vamos juntos, señor?

—Seguro, Cecil. Espera que guarde el ajedrez.

Brian abrió la puerta que comunicaba con el despacho anexo al del inspector-jefe de la Delegación, todavía refunfuñando algo. La cerró y Davis miró sonriente a Malloy.

—El día que alguien le gane al ajedrez, señor, yo me dejo bigote y barba Y además fumaré en pipa cachimba. Podríamos...

Cecil Davis se calló, de pronto, bruscamente. Quizá fue porque vio la ceñuda expresión de Malloy, que parecía a punto de decir algo. Y también Davis quiso decir algo, en el preciso momento. Y justo entonces, cuando los dos estaban buscando las palabras adecuadas, la puerta lateral se abrió y Brian Bond, con la corbata en la mano, apareció en ella, casi gritando:

—¿Qué ha querido decir Al con eso de «siete» camiones?

Malloy y Davis empezaron, a la vez:

—¡Eso es lo que yo iba a...!

—¡Siete camiones! —aulló Brian—. ¡Ayer, vosotros mismos informasteis de que la flota de la General Transport se compone de «seis» camiones!

Norval Malloy se precipitó al teléfono interior, descolgándolo de un feroz manotazo.

—¡Inspector Malloy! —gritó—. ¡Quiero que avisen inmediatamente a Al Brookins, en su coche, y que le ordenen el inmediato regreso a la carretera de salida de San Bernardino hacia El Paso! ¡Que nos esperen allí!

Colgó tan rabiosamente como había descolgado, y se quedó como quien no sabe qué hacer. Brian estaba «atándose» la corbata al cuello, y arrastrando la chaqueta entre los dientes. Cecil Davis había abierto la puerta del despacho. Fue el último en salir, lanzado a toda velocidad tras los pasos de Malloy y Brian Bond.

CAPÍTULO XVII

—¿Qué... qué pasa? —Casi se asustó Al Brookins.

—¡Siete camiones! —exclamó Malloy, tirando de él fuera del coche—. ¿Dijiste siete camiones o no?

—Sí, señor. Primero, dos. Luego... ¡Oh! ¡Ah! ¡Oh...!

—Al: siete camiones son media docena. Y media docena no son siete camiones. ¿Tú lo entiendes?

—Lo... lo... lo siento... ¡Lo siento, señor! ¡He sido un bobo!

—Como siempre —aseguró Cecil Davis.

—¡Vamos, vamos...! —Se irritó Malloy—. ¡Deja tus tonterías para mejor ocasión, Cecil! ¡A los coches! ¡Y a toda marcha! Y cuando digo a toda marcha, quiero decir «a toda marcha». Cecil, tú ve con Al. Tú conmigo, Brian. Y espero que sepas conducir mucho mejor que jugar al ajedrez..., ¿qué estamos esperando?

CAPÍTULO XVIII

A las tres y media de la madrugada avistaron el camión de cola. Un camión enorme, de remolque, el cual debía pesar no menos de veinte toneladas^[1], y con capacidad de carga no menor a las cincuenta mil.

No había nada de extraordinario en este camión. Lo rebasaron, aumentaron todavía más la suicida velocidad de los dos coches, y, poco después, avistaban la siguiente pareja de adelantados. Tanto en éstos como en el último solitario, se distinguía con claridad el nombre de la compañía de transportes: General Transport.

—Estamos llegando a Arizona, señor —recordó Brian.

—¿Y qué?

—Ha sido un comentario. ¿Seguimos?

—No sé... Deberíamos hacerlo, para asegurarnos de que, en efecto, han sido siete los camiones que han partido de Los Ángeles...

—De San Bernardino —rectificó Brian—. En la explanada de la General Transport había solamente seis, y eso parecía ser toda la flota. Yo creo que ese séptimo camión se ha unido a los demás en San Bernardino... Y aún diría más, señor: apuesto a que los seis que van delante no tienen ni la menor idea de que exista ese camión.

Norval Malloy lo miró de soslayo.

—Bien... A fin de cuentas, tus teorías, que tan... extrañas parecían al principio, van tomando forma. Supongo que estás sugiriéndome que volvamos atrás en busca del séptimo camión.

—Eso es lo que yo haría, señor, si fuese el jefe.

—Pero no eres el jefe... —Gruñó Malloy—. Está bien, volvamos.

—Sí, señor —sonrió Brian.

Redujo la marcha y ambos vieron perderse en la noche los dos

camiones. Doscientas yardas más atrás, el coche de Al Brookins y Cecil Davis también se detuvo. Fue éste quien llamó por la radio del coche:

—¿Qué ocurre, señor? ¿Por qué nos detenemos?

—Volvamos atrás, Cecil. Brian cree que el último camión es el interesante.

—Interesante..., ¿en qué sentido?

—Cuando lo sepas, me lo dices —gruñó Malloy—. Volvemos atrás.

—Sí, señor.

Veinte minutos más tarde, pasaba el último, el séptimo camión, rugiendo su enorme mole remolcada. Detrás, un «Ford» negro, grande, sensacional, con una potencia de «reprise» diez veces superior a la del camión... Pero sin adelantarle.

—¿Se ha dado cuenta, señor? —musitó Brian—. Ese coche...

—Lo sé. Parece el mismo que ya iba detrás cuando los adelantamos... ¿Es eso?

—Sí, señor. Es extraño, ¿verdad?

—Desde luego. Les seguiremos... Voy a llamar a Cecil para decirle que nos iremos turnando en la proximidad de esa pareja de vehículos. Uno delante, otro detrás... ¿Dónde demonios están los prismáticos de este coche?

—Debajo de su pantalón, señor... Quiero decir, en la parte inferior del asiento.

* * *

A las siete de la mañana, el séptimo camión se detuvo, en el margen derecho de la carretera. Automáticamente, doscientas yardas detrás, se detuvo el imponente «Ford». Y no menos automáticamente, se detuvo, otras doscientas yardas más atrás, el coche seguidor en aquellos momentos, conducido entonces por Cecil Davis. Al Brookins fue el encargado de llamar por la radio.

—Se han detenido, señor. Los dos.

—Muy bien, Al... ¿Qué están haciendo?

—Nada... ¡Un momento, señor! ¡Un momento!

—¿Estás viendo algo...?

—Sí, señor... Se lo iré diciendo... Se han detenido los dos... Del camión se ha apeado uno de los chóferes... Va hacia la lateral

derecha del remolque... No le veo bien, señor, aún no es de día...

—¡Al, no me falles ahora...!

—Es que no veo bien... Espere... Está tocando el camión... por el lado derecho... ¡No sé qué está haciendo, señor! El «Ford» se ha acercado más... Cecil también se acerca... Veo mejor ahora...

—¡Está amaneciendo, Al! ¡Tienes que verlo todo bien!

—¡Lo estoy intentando, señor! No soy un gato... Sigue tocando el camión... ¡Se está abriendo! ¡Un lado del camión se está abriendo! El chófer tiende la mano... ¡Un hombre sale de ese lado del camión, señor!

—¿Qué demonios quiere decir «de ese lado»? —gritó Malloy.

—Pues que el camión..., el remolque, quiero decir, se ha abierto por un lado... Es como si hubiera una puerta... Desciende un hombre.

—¿Quién es?

—No lo conozco...

—¿Cómo es?

—No puedo distinguirlo, señor... Estoy haciendo lo que puedo. Si quiere que nos acerquemos más...

—¡No! No, Al, muchacho... Perdona, comprendo eso... Nada de precipitaciones... Estás haciendo demasiado, con esta media luz...

—Gracias, señor. Yo diría que es un hombre... maduro. Quizá de cincuenta años. Bastante calvo. Muy bien vestido. Estatura mediana. Fatigado... Se aleja del camión... El chófer cierra la puerta esa, o lo que demonios sea... El camión queda como si tal cosa... El chófer regresa a la cabina, tras hacer un gesto con el brazo hacia atrás, hacia los del «Ford», supongo... Ya no veo al hombre que ha salido del camión...

—Calla un momento, Al. Yo sí lo estoy viendo. Estatura mediana, calvo, bien vestido... Tiene que ser él, a estas horas y por estas carreteras... Se sale de la carretera... Ha rebasado el margen izquierdo... Ya no lo veo. ¿Y tú?

—No, señor.

—¿Qué hacen los del camión?

—Nada. No los veo, no sé. Están en la cabina...

—Espera... Está saliendo un coche, desde el margen de la carretera, hacia ésta. Un «Dodge» que parece... crema. Color crema... Al volante va el hombre que ha salido del camión...

—Lo veo ahora... Se acerca a buena marcha... ¡Nos ha pasado como una bala, hacia California! ¡Es el mismo hombre, señor, estoy seguro! ¿Lo seguimos?

—No... Déjalo. Sigamos con el camión. A ver sí...

—¡Se pone en marcha, señor! ¡Va hacia ahí!

—Sí... Lo veo... ¿Y el «Ford»?

—¡También! ¡Va detrás, como antes! ¡Los van a ver, señor!

—No... Brian ya ha puesto en marcha el coche. Nos vamos a toda prisa, Al, para que no nos vea. Seguid con las luces apagadas. ¡Y no lo perdáis de vista!

—Haremos lo posible.

—El próximo pueblo, último de California, es Blythe. Calculo que estamos a tres o cuatro millas de él. Es posible que allí hagan una parada, de modo que ir con cuidado.

—Sí, señor. Aunque dentro de pocos minutos será de día, y podrán vernos. Ya no servirá el truco de las luces apagadas.

—Pues aumentaremos la distancia y seguiremos utilizando los prismáticos. Hasta luego.

* * *

—¿Señor?

—Adelante, Al.

—El camión y el «Ford» se han detenido de nuevo. Como a media milla de Blythe... ¿Dónde está usted?

—En la entrada de Blythe, esperando. ¿Qué hay a media milla de Blythe? Brian y yo no vimos nada...

—Es que no hay nada, señor; simplemente, se han detenido en la carretera... Un momento... Esto es... sorprendente en verdad... Aparece un hombre por un lado de la carretera; va a pie... Le abren esa puerta lateral del camión, y él sube, ayudado por uno de los chóferes. Cierran la puerta. Ahora... ahora abren otra idéntica más atrás. ¡Y sale otro hombre! Se aleja del camión, hacia el lugar donde ha aparecido el otro... —Una pausa, y Al continuó—: Ahora, el último en salir del camión aparece en la carretera, en un coche... Viene hacia aquí... ¡y nos pasa! En cuanto al camión..., ¡han abierto todavía otra puerta y desciende otro hombre! Señor, no entiendo esto... El hombre se va hacia el lado derecho de la carretera y desaparece... El chófer regresa a la cabina y el camión se pone en

marcha, pero muy lentamente. Yo diría que vacilante... Da la impresión de que esperan ver algo...

—Seguramente, a otro hombre. Mantón la distancia, Al.

—Pero, señor, no veo...

—Eso es todo.

* * *

Norval Malloy cerró la radio y señaló con el pulgar hacia atrás.

—De prisa, Brian. Quizá encontremos a ese hombre antes que los del camión. Debe estar esperando en un lado de la carretera.

—Okay.

El

g-man

dio la vuelta al coche, lanzándolo al encuentro del camión y del «Ford». Malloy se dedicaba a vigilar el otro margen de la carretera, con los prismáticos... No tardó ni treinta segundos en ver al hombre, acucillado fuera de la carretera junto a unas ásperas matas polvorientas. A lo lejos se veía ya, todavía diminuta, la mole del camión-remolque.

—Todos ellos tienen alrededor de cincuenta años, Brian... ¿Tú lo comprendes?

—Creo que bastante, señor —sonrió duramente el

g-man

—. Tendrá usted que darse prisa... ¿Lleva la radio de bolsillo también?

—Claro. Para un momento.

Brian detuvo el coche y Normal Malloy se apeó rápidamente. En el acto, el coche continuó su marcha, mientras el inspector-jefe de Los Ángeles se deslizaba, inclinado por la margen de la carretera, alejándose de ésta, pero describiendo un semicírculo que le acercaba al lugar donde había visto al hombre acucillado. De no haber estado utilizando prismáticos no habrían podido verlo, pero ahora, Malloy sabía exactamente dónde estaba su presa.

Y su presa respingó cuando oyó tras él un ligero ruido, mucho más débil que el del cercano camión. Se volvió con la actitud defensiva de quien espera encontrar quizá una serpiente, u otro animal peligroso..., y desorbitó los ojos al ver ante él a un hombre de rostro seco, frío, con la mano alzada...

¡Flappp! El golpe de «judo» alcanzó al hombre en un lado del cuello, en el sitio exacto para privarle del conocimiento. Malloy lo retuvo en su caída, se aseguró de que estaba sin sentido, y sacó la radio de bolsillo.

—Brian —musitó—: os lo dejo aquí.

—Okay, señor. Le seguiremos, no tema.

Malloy refunfuñó algo, guardó la radio y se irguió, acercándose a la carretera. El camión se detenía ante él apenas cinco segundos después. Saltó uno de los chóferes, abrió una de las puertas y señaló hacia el interior del camión. El inspector del FBI se acercó y miró adentro. Todo lo que parecía haber allí era una gran caja de madera, con la indicación de su contenido. Pero el chófer empujó las maderas, que cedieron hacia adentro, mostrando la vacía caja. Malloy subió, sin prestar atención al fruncido ceño del chófer, que cerró tras él la caja de madera y luego la gran puerta metálica lateral del remolque, cuya longitud era de casi treinta y cinco pies, con una anchura de casi doce.

Al cerrarse la puerta a sus espaldas, Malloy se encontró en la más completa oscuridad. Empezó a tantear las tablas que le rodeaban, formando aquella gran caja, pero no tuvo que molestarse demasiado, porque el lado del fondo se abrió y un chorro de luz rojiza, tenue, dio de lado en el rostro del hombre del FBI.

—Bien venido, honorable señor —dijo una vocecita.

Norval Malloy quedó petrificado un instante. Luego, se acercó a la abertura, la cruzó, cerró tras él la chapa de madera, y luego la pequeña puerta gruesa, que cerraba herméticamente, y forrada por dentro con una gruesa capa de magnífico material insonoro, aislando completamente aquel exótico gabinete, de apenas cinco yardas cuadradas... Abanicos, adornos de bambú, un diminuto biombo pintado con flores y mariposas, una mesita de laca, cojines por el suelo, un diván de terciopelo rojo en un lado, un farolillo de luz roja colgando del bajo techo... Un rincón del exótico Japón.

Y en medio de todo esto, inclinada ante él, una muchachita japonesa, con sus negros cabellos peinados en alto, agujas de cabeza de colores atravesando el espeso moño y ataviada con un brillante kimono de seda amarillo y negro, con muchos adornos bordados.

—¿Quieres que me quite ya el kimono, honorable señor? —preguntó la japonesita.

Malloy estaba tan asombrado, que ni siquiera pensó en responder. Y por aquello de que, quien calla asiente, la japonesita se quitó el kimono, quedando en dos piezas de tono rojo, reducidísimas. Norval Malloy tragó saliva, mientras la japonesita colgaba cuidadosamente el kimono. Luego se sentó en el diván y tendió las manilas hacia él.

—Ven... —dijo—. Y tu servidora hará de ti un hombre feliz... ¿Quieres música antes? ¿O prefieres ya tu droga preferida? ¿Opio? ¿Cocaína? Tú mandas, honorable señor.

«Me gustaría saber qué haría Brian en esta situación», pensó Malloy. «¡Por todos los demonios, esto es... inaudito, estoy desconcertado como un tonto, a pesar de haber sospechado algo así!».

Se sentó junto a la muchacha, que inmediatamente le tomó una mano y la acarició, mirándole cariñosamente a los ojos.

—Mi nombre es Orita Koga... —susurró dulcemente—. ¿Cuán es el tuyo?

—Mmm... Malloy... Norval Malloy...

—Nunca antes te había visto... ¿Eres un cliente nuevo?

—Sí... Sí, sí... Y no... no sé qué hacer...

—Yo te enseñaré —sonrió la muchacha—. ¿Qué es lo que prefieres primero?

—No... no sé...

—¿Quieres que te bese?

Ni siquiera le dio tiempo a contestar. Le echó los brazos al cuello y le besó en los labios, suavemente, con tanta dulzura, que Norval Malloy notó un zumbido en las sienes, y estuvo unos segundos aceptando el beso, por completo anulada su facultad de pensar, de reaccionar... De pronto, se sofocó intensamente y apartó a la muchacha, un tanto rudamente, debido a lo cual ella se quedó mirándole primero asombrada y, finalmente, desconsolada.

—¿No te gusta? —musitó—. Si quieres que ya...

—Cállate... —masculló roncamente Malloy—. ¡Cállate!

—Lo que tú mandes —alentó apenas Orita Koga.

Se quedó inmóvil, silenciosa. Malloy se puso en pie, cogió el kimono y se lo tiró; ella comprendió, y se lo puso, lentamente, sumisa, sin el menor comentario, inexpresiva. Mientras tanto, el inspector del FBI miraba a su alrededor. Paredes acolchadas de seis

o siete pies de lado, apenas seis de alto... Había que ladearse para no tropezar con el farolillo de la luz roja, hecho de cañas, pintado luego con esmalte.

—¿Qué hay al otro lado de esta pared? —preguntó de pronto.

—Otro aposento.

—¿Con otra... «*geisha*»?

—Claro...

—¿Cuántas sois, en total?

—Cinco... Cinco cada viaje.

—¿Por qué estás aquí? ¿Has sido contratada por Agatha De Armond?

Hubo un ligero sobresalto en el rostro de la chinita. Inconteniblemente, miró hacia un rincón y la mirada de Malloy fue hacia allá. No vio nada... de momento. Se acercó, examinó más atentamente el ángulo, y no tardó en ver el brillo de una pequeña lente, azulado. La comprensión de lo que aquello significaba lo sofocó de nuevo, rabiosamente. Todo cuando ocurría allí dentro era tomado en película. Si no todo, sí al menos lo más... interesante. Y, por supuesto, debía haber un micrófono en alguna parte, por medio del cual efectuarían las grabaciones que también fuesen consideradas interesantes.

—¿Dónde está el micrófono? —preguntó.

Orita Koga lo miraba de nuevo impasible, pero Malloy sabía que ella estaba asustada. Desde luego, no cabía pensar en que era una víctima inocente de manejos ajenos. Se había contratado de «*geisha*» con pleno conocimiento, sabiendo muy bien lo que hacía.

Y aceptando situaciones que las auténticas «*geishas*» no habrían aceptado jamás.

En vista del silencio de la muchacha, Malloy tomó su decisión final. Ya había visto bastante. Sacó la radio, la accionó...

—Brian, ya es suficiente: sacadme de aquí. Que no se escape na...

Aquí se dio cuenta de que no recibía contacto. Se mordió los labios y miró las paredes tan completamente insonorizadas. O bien su llamada no transcendía, o Brian, Al y Cecil estaban demasiado lejos del camión... No. Esto no podía ser, de modo...

Estuvo seguro de que el camión se detenía en aquel momento. Sacó la pistola y se volvió hacia la puerta.

Y entonces oyó la voz de un hombre, allí dentro:

—Es mejor que suelte esa pistola, amigo. Entréguesela a Orita, o todo irá mucho peor.

—¿Quién es usted? ¿Uno de los chóferes?

—Entregue la pistola a Orita, o no saldrá vivo de este aposento. Podemos matarlo con gas... Pero preferimos no hacerlo, para conservar viva a Orita. ¿Lo entiende?

Malloy miró a la muchacha, cuyo rostro se había demudado bruscamente. No debía ser una broma aquello del gas. Ella le miró, suplicante, y Malloy comprendió cuál era su mejor postura: entregar la pistola y salir de aquel camión. Seguramente querría matarlo, pero era de esperar que Brian, Cecil y Al estuviesen atentos... Guardó la radio de bolsillo, sin cerrarla, y entregó la pistola a la muchacha, que suspiró tan profundamente que su aliento refrescó el rostro del inspector del FBI.

—Muy bien —dijo la voz—: ahora, saldrá del camión, por donde ha entrado. Hágalo con las manos en alto.

Malloy abrió la puerta, hizo lo mismo con la otra, compuesta por tablas, y, finalmente, con la del lado de la caja. Afuera, se abrió la que daba definitivamente al exterior, y Malloy vio a los dos hombres ante él, cada uno con una pistola en la mano.

—¿Quién es usted? —preguntó uno de ellos—. Ya sospeché cuando no me dio la contraseña, pero pensé que era mejor atraparlo bien, y rebasar Blythe... ¿Quién es usted?

—Norval Malloy, inspector del FBI.

Los dos hombres palidecieron.

—¡Mentira! —gritó uno de ellos.

—No es mentira. Les aconsejo que piensen muy bien las cosas antes de hacerlas. Tengo a varios de mis hombres cercando este camión, por delante y por detrás. Igualmente está cercado el «Ford».

—¡Baje de ahí! Ve a avisar a Knox, Biddle... Espera. Ahí viene ya.

Otro hombre llegó corriendo junto a los dos primeros.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa con este hombre?

—No es un cliente, Knox. Dice que es inspector del FBI.

Knox quedó lívido. Durante un par de segundos pareció no saber qué hacer, pero de pronto señaló furiosamente a Malloy.

—¡Matadlo! ¡Y seguid adelante...!

—¡Dice que estamos cercados, por delante y por detrás...! ¡No podremos seguir!

—¡Podéis arrollar cualquier coche con el camión! ¡Matadlo y seguir adelante! ¡Hay que escapar! Nosotros os seguimos con el coche, de modo que id abriendo paso.

Echó a correr de regreso al «Ford», mientras uno de los chóferes se encaramaba a la cabina y el otro señalaba con su pistola fuera de la carretera. Notándose pálido, Norval Malloy dio el primer paso, vacilante. Miró a todos lados, pero no pudo ver ninguno de los dos coches en que viajaban sus hombres. El chófer le empujó, obligándole a rebasar el margen...

—¡Vamos, hacia allá!

* * *

Al se quitó los prismáticos de delante de los ojos. Estaba aún más pálido que Norval Malloy cuando se volvió hacia Cecil, que estaba montando precipitadamente el potente fusil, encajando sonoramente las diversas piezas.

—¡No vas a llegar a tiempo! —exclamó.

Estaban los dos sobre el techo del coche, hundido éste en un margen. Las manos de Cecil Davis se movían frenéticas, mientras unas gotitas de sudor angustioso resbalaban por su frente. Lo último que colocó fue la mira telescópica.

—¡Ya está!

Se encajó el fusil en el hombro y miró por el tubo telescópico...

—¡Más a la derecha! —aulló Al.

—Por Dios, Al, cállate ahora... Ya los veo, ya... los... veo...

* * *

El chófer movió la pistola.

—Dos pasos más allá, de prisa —ordenó secamente.

Norval Malloy obedeció. Notaba una angustiosa opresión en el pecho y a duras penas conseguía dominar el temblor en las piernas. Una cosa era morir en una pelea, y otra, ser asesinado fríamente...

El chófer salió disparado hacia adelante, de pronto, lanzando un grito de dolor, de asombro, de miedo... Efectuó un salto largo, curvándose hacia atrás, soltando la pistola... Casi en seguida, hasta

allí llegó claramente el estampido de un potente rifle.

Malloy se arrodilló, recogió la pistola, y tras una mirada de pasada a la espalda ensangrentada del chófer, se volvió hacia el camión, a toda prisa. A través de uno de los cristales de la cabina, vio el crispado rostro del otro chófer y la mano armada apuntándole a través del cristal...

Pero fue el inspector del FBI quien disparó antes. El cristal saltó en mil diminutos fragmentos, como una lluvia de brillantes falsos... Cuando el estallido de colores terminó, el chófer estaba caído de bruces sobre el enorme volante, manchada de sangre la cara...

El potente «Ford» pasaba en aquel momento junto al camión, a toda velocidad, siguiendo su camino, dispuestos los hombres que iban en él a escapar a toda costa.

Malloy salió a la carretera, pistola en mano, calculando ya la posibilidad de disparar contra el potente coche. Pero cuando llegó a verlo cómodamente, el «Ford» estaba demasiado lejos del alcance de una pistola, y lanzado... A lo lejos apareció otro automóvil, lanzado también a toda velocidad, al encuentro del «Ford». Malloy lanzó un grito de sobresalto cuando el «Ford» pareció agarrarse a la carretera, para girar. Fue un cambio de dirección espantoso, increíble... El coche pareció clavarse de ruedas delanteras, y las traseras barrieron la carretera hacia la derecha, rechinando fuertemente; de tal modo, que el coche quedó encarado de nuevo hacia el camión, detenido apenas un par de segundos. En seguida volvió a saltar, con toda su potencia, regresando.

Pero el coche conducido por Brian Bond había ganado ya demasiado terreno para que la presa pudiera escaparse. Justo cuando el «Ford» empezaba a tomar velocidad con su potente «reprise», el

g-man

detenía su auto a menos de cincuenta yardas, y se apeaba de un salto, sacando la pistola, encarándola ya hacia el «Ford».

¡Pack, pack, pack, pack...! En la quieta mañana resonaron los disparos de la gran automática del

g-man.

El «Ford» dio un bandazo hacia la derecha, luego hacia la izquierda, zigzagueó todavía cuatro o cinco veces, dio una vuelta de campana, inició otra... y se estrelló contra el remolque, incendiándose,

lanzando un surtidor de fuego hacia todos lados. Un charco de fuego se deslizó por encima del gran remolque. Fue como... como cubrir de chocolate un pastel. La gasolina ardiendo llegó hasta la parte de tracción, en una oleada negra y roja... Llegó hasta la cabina, se filtró por todas partes...

—¡Apártese, señor, apárt...!

La cabina estalló, en otro surtidor rojo y negro, aún más grande. Todo el camión se estremeció, se alzó... Cayó de lado el remolque, cada vez más envuelto en llamas...

Brian corrió hacia Malloy, rodeando el camión, que irradiaba un calor espantoso, insoportable. La explosión de la cabina había pillado demasiado cerca a Malloy, que yacía de bruces en el suelo, sobre la arena que bordeaba la carretera, intentando incorporarse. Brian le dio la vuelta y vio sus cejas, pestañas y el cabello chamuscado. Lo alzó, se lo cargó en un hombro y se alejó de la carretera, todo lo de prisa que pudo, dejando atrás aquel infierno.

Más abajo, Al Brookins y Cecil Davis aparecían corriendo hacia ellos, a toda marcha.

Lejos ya del intenso calor, Brian depositó a Malloy en el suelo, le desabrochó la camisa, tras arrancarle la corbata, y suspiró al no hallar quemaduras en el pecho.

—Estoy... estoy bien, Brian...

—Eso veo. Dentro de unos días tendrá pestañas nuevas, espero. ¿Lo demás bien, de verdad?

—De verdad...

Davis y Brookins llegaron entonces. Se arrodillaron junto a Malloy, pero éste movió su mano, quitando importancia al asunto.

—No es nada. Brian, regresa a Los Ángeles. Toma el mando de la Delegación... ¡y que no escape Agatha De Armond!

—Sí, señor... ¿Qué había dentro del camión?

—«*Geishas*»... Cinco «*geishas*», Brian. Ya te explicaré. Ahora, ve a por esa mujer. Cecil, Al y yo nos encargaremos de esto... Tú puedes estar en la Delegación antes del mediodía. ¡No pierdas tiempo!

—Okay, señor, ahora mismo... —Brian se incorporó y se quedó mirando el rifle que Davis tenía aún en las manos—. Buen disparo, Cecil. Hasta pronto.

Echó a andar hacia la carretera, rodeando de nuevo el camión-remolque, que ardía espantosamente. Cinco «*geishas*»... Ahuyentó

sus sombríos pensamientos, concentrándose exclusivamente en una sola idea: llegar cuando antes a la Delegación.

CAPÍTULO XIX

Farley Reeves, secretario directo de Norval Malloy, se puso en pie de un salto al verlo.

—¿De dónde sales? —exclamó—. ¡Hace casi dos horas que te están esperando! ¡El hombre está que trina...!

—¿Qué hombre?

—¡El taxista! ¿Dónde está el jefe?

—Ya vendrá... ¿Qué es eso del taxista? ¿Qué quiere?

—Trae un recado de la señorita Chambers... ¡Eh, espera! —Farley Reeves se colocó a su lado, camino de la sala de espera.

—Dímelo por el camino. ¿Qué ha pasado?

—Llegó el taxista, con un recado para ti. Después de darlo, quiso marcharse, pero me pareció que debíamos retenerlo, por si...

—¿Qué recado?

—Parece ser que llevó a Irene Chambers a cierto lugar, más allá de San Fernando. La chica le ordenó que siguiera un coche, y él lo hizo. Llegaron a una granja, y ella le dijo que no podía pagarle, pero que viniese aquí, te pidiera el dinero a ti y te dijera dónde estaba.

—Ella quiso asegurarse de que el taxista vendría —sonrió secamente Brian—. ¿A quién siguió Irene Chambers?

—El taxista no lo sabe. Sólo que era una mujer, con un descapotable.

—Agatha De Armond —musitó Brian—. Esa muchacha está loca...

—¿Agatha De Armond?

—¡Irene! ¡Se ha metido en la boca del lobo...! Farley, quiero seis muchachos ahora mismo. Y tres coches. Y un silenciador para mi pistola... Aquí la tienes. Consígueme todo eso y esperadme abajo.

—Pero el jefe...

CAPÍTULO XX

—¿Está seguro de que es ahí donde trajo a la muchacha?

El taxista señaló la granja que se veía como a trescientas yardas, al otro lado de la suave colina verdeante.

—Bien seguro, sí, señor.

Brian volvió a mirar hacia allá con los prismáticos. Vio un par de hombres, con «overol». Uno de ellos se dedicaba a fumigar una extensión no muy grande de lo que parecía un tomatal; el otro estaba clavando unas tablas del porche de la casa, en el cual había una mujer, conversando con él...

—Pues no la veo por ninguna parte.

—Quizá esté dentro de la casa.

—Sí... —musitó Brian—. Eso es lo que me temo.

—Mire, señor, yo hice un trabajo, he perdido toda la mañana y ella dijo...

Brian sacó un rollo de billetes, separó cuatro y los tendió al hombre, con un gesto interrogante. El taxista asintió con la cabeza, se guardó el dinero y antes de que pudiese hablar, Brian se le adelantó de nuevo.

—Eso es todo —dijo—: vuelva a su trabajo.

—Bueno.

Segundos después, los agentes del FBI quedaban solos tras la colina, bien escondidos los tres coches por la altura de ésta. Abajo, todo seguía igual. La misma escena bucólica, y ni rastro de Irene Chambers. Ni siquiera se veía el coche descapotable de Agatha De Armond... Claro que podía estar en el cobertizo...

—Rodead la granja. Pero antes, llevaos los coches de aquí. No quiero ni rastro de vosotros. ¿Entendido? —Miró su reloj—. Dentro de diez minutos iré yo sólo hacia la casa. Estad atentos.

Diez minutos más tarde, Brian Bond enfilaba el camino de tierra que, desviándose de la carretera, llevaba hacia la granja. Tranquilo, mirando a todos lados, caminó hasta la entrada de ésta. La mujer lo había señalado, y el hombre que clavaba los tablones se había vuelto. El que se dedicaba a fumigación a pie también lo estaba mirando, y cuando lo vio cruzar la entrada y seguir hacia la casa, él también inició un acercamiento convergente, arrastrando como aburrido el tubo fumigador, como cansadísimo bajo el peso del depósito que llevaba en la espalda.

El otro hombre y la mujer lo estaban mirando con el ceño fruncido. Y así continuaban cuando Brian se detuvo ante ellos.

—¿Qué desea usted? —preguntó el hombre, rudamente.

Brian mostró brevemente el estuche de piel donde guardaba su placa y la tarjeta del FBI.

—Inspector de Higiene... —dijo—. ¿Hay niños en la casa?

—No, ninguno...

—Ah... Pues eso no está bien —sonrió jovialmente el g-man

—. Hay que tener niños. ¿Puedo echar un vistazo a la casa? Puro trámite. Hay que presentar informes, ustedes ya saben.

—Todo está bien —gruñó el hombre.

El otro llegó cansinamente.

—¿Qué quiere? —preguntó, con una pizca de amabilidad.

—Ver las condiciones de la casa. Soy inspector de Higiene.

—Ah, bien... Bueno... —Miró al otro hombre—. ¿Acaso hay algún problema? Acompañadlo y que vea lo que quiera.

—Por aquí —sonrió la mujer—. Pero verá que todo está bien.

—Pues tanto mejor.

Entró detrás de la mujer, mirando a todos lados. Ella era alta y fuerte, pero no tenía el menor aspecto de estar agobiada por los trabajos propios de una granja. El clavador de tablones iba detrás de Brian, con el martillo todavía en la mano.

—El *living* —señaló la mujer, sonriendo—. Bien ventilado, con todo el sol que queramos... La cocina está tras esa puerta...

—Veo que es una casa estupenda —sonrió de nuevo Brian—. Veamos los dormitorios. Me pregunto por qué demonios me han enviado aquí, ya que sólo cuando hay niños hacemos estas

inspecciones. Algún error, supongo. ¿Los dormitorios...?

Ella lo llevó hacia el pasillo que se iniciaba en el fondo del *living*. Brian parecía mirarlo todo como fastidiado por su propio trabajo, pero no había detalle que escapase a su atención tensa, Sabía que allí había algo más que una inocente granja..., y por eso, no tuvo más remedio que, en el segundo dormitorio que visitó, darse cuenta del detalle, no poco sorprendente, de que una pequeña cómoda de ocho cajones, tuviera ruedas en las patas. Unas ruedas pequeñas, cuyas marcas se veían en el suelo, hacía la derecha... Estuvo un par de segundos mirándolas, y de pronto miró a la mujer, que parecía tensa, fijos los ojos en él... Pero los desvió un instante hacia atrás y Brian Bond supo que tenía que apartarse...

El golpe del grueso martillo dio en la cómoda, astillándola, hundiendo el frente de uno de los cajones. El

g-man

se volvió velozmente, se encontró con el hombre cayendo hacia él, al haber perdido el equilibrio debido al fallido golpe, y le hundió el puño derecho en el estómago, lanzando el izquierdo, casi simultáneamente, hacia la barbilla. El segundo puñetazo fue como un chasquido de rama rota, y el hombre salió girando hacia atrás, para caer de bruces, perdido el conocimiento, rota la mandíbula.

En la mano derecha de la mujer apareció una pequeña pistola, pero Brian no le dio tiempo a usarla. Asió aquella mano, apartándola, y se colocó de espaldas a la mujer, que intentaba desasirse. Fríamente, sin inmutarse, el federal lanzó su codo izquierdo hacia atrás, acertándola de lleno en el estómago. Ella soltó la pistola, gimió, se encogió... Brian la soltó, se volvió y la derribó inconsciente de un bien medido golpe en un lado del cuello.

Se inclinó, recogió la pistola... y vio los pies del otro hombre en el umbral del dormitorio. Se incorporó vivamente y tuvo el tiempo justo de cruzar sus brazos ante el rostro, protegiendo ante todo los ojos... De este modo, el blanco líquido fumígeo no los alcanzó, empapando en cambio los brazos y parte de la chaqueta y cabellos del federal..., que saltó hacia adelante, todavía protegiéndose los ojos con las manos.

Recibió un tirón en una de ellas y la pistolita le fue arrancada. Comprendiendo lo que iba a suceder a continuación si persistía en ocultar sus ojos, apartó las manos de delante, pero lanzándolas

hacia el frente, como cuchillas cruzadas. La derecha encontró destino.

Oyó el seco crujir de algo, recuperó la izquierda, y volvió a lanzarla contra el rostro del hombre, cuya nariz había estallado en sangre. La izquierda golpeó justo en la garganta, y el hombre cayó de rodillas, dejando caer la pistola... Un impecable golpe en la nuca lo abatió de bruces, mientras de la espita del fumigador brotaba el blanco chorro, que cubrió casi completamente a la mujer.

Brian cerró la espita, se limpió las manos en la colcha de la cama y sacó cuidadosamente la radio del bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Ronald?

—Hola.

—Podéis venir. Pero a pie y discretamente. Encargaos de tres personajes que hay en un dormitorio y permaneced dentro de la casa... Nadie desde el exterior debe veros. ¿Entendido?

—Claro. ¿Está la chica ahí?

—Imagino que está debajo de un mueble con ruedas que hay en este dormitorio. Quedaos dos aquí e ir recogiendo a los que salgan. Uno, que vigile la fachada de la casa. Otro, la puerta de atrás. Dos en las ventanas laterales.

—¿Vas a bajar tú solo?

—Debo intentarlo. No quisiera poner nerviosas a las personas que haya abajo, teniendo en su poder a Irene.

—Es cierto... Bien: allá vamos.

—Okay. Yo voy a ver si consigo encontrar el truco a este mueble... Hasta luego. Corto.

Guardó la radio, apartó el mueble y, en efecto, debajo había una estrecha trampilla que, una vez alzada, dejó ver un tramo de escalones de madera, colocados lateralmente. Abajo se veía el resplandor de una luz no muy lejana.

Casi llorosos los ojos, debido al intenso olor del fumígeno, Brian inició el descenso. Dieciséis escalones de madera. Luego, un simple pasillo con paredes de contención de madera. En el centro, una bombilla, simplemente, de escasa potencia. Eso, y tres puertas todas a la izquierda del pasillo, era todo.

Se inclinó para mirar por el ojo de la cerradura de la primera puerta. Vio una silla, los pies de una cama... Forzó la postura y vio

unas piernas femeninas en un lado de la cama... Se ladeó aún más y su mirada fue ascendiendo por las bellas piernas, un busto casi menudo, delicado, tierno... y el rostro de Keiko Murata. Inconfundible. Impasible la expresión, pero mirando con frecuencia hacía la puerta. Brian movió el pomo, pero no cedió... Cuando volvió a mirar, la muchacha estaba vuelta hacia la puerta y se había puesto de pie. Ya no podía ver su rostro.

El

g-man

sacó la pequeña ganzúa que siempre llevaba en el tacón de un zapato, pero cuando iba a introducirla en la cerradura, oyó risas a su derecha. Se volvió vivamente hacia la segunda puerta, incorporándose. Vaciló, se guardó la ganzúa en un bolsillo y se acercó a aquella puerta. Por el mismo procedimiento de la cerradura echó un vistazo al interior... y respingó fuertemente. Dentro, el decorado era lujoso, por completo diferente al cuarto que encerraba a Keiko Murata. Y la habitación era más grande, decorada todo en el más exacto estilo japonés, con flores pintadas, mesitas bajas, esterillas, biombos, paredes de papel... En el centro, en un tatami, había una muchacha japonesa, muy joven, que se quitaba y se ponía un kimono negro y rojo, con flores bordadas. Lo hacía lentamente, sonriendo, como una muñequita mecánica... Rodeándola, pudo ver a otras muchachas, también japonesas, sentadas..., más bien arrodilladas y sentadas luego sobre sus piernas. Todas ellas con kimonos. Y, seguramente, como la del centro, debajo no debían llevar nada más.

La chica del centro se estaba quitando otra vez el kimono cuando se oyó una voz algo chirriante, y las demás volvieron a reír, quedamente. Una japonesa vieja y arrugada, también con kimono, apareció a un lado de la muchacha del centro, y dijo algo que obligó a reír de nuevo a las demás. Luego fue ella la que hizo gestos, quitándose el kimono, volviéndoselo a poner... Al parecer, aquella discípula precisaba de una atención especial.

Miró hacia la otra puerta y se acercó allí...

CAPÍTULO XXI

El hombre volvió a golpear, en pleno estómago, a Richard Yamasumi, que se encogió, apretó los dientes y resistió silencioso el castigo. Tenía rota la nariz, partidos los labios, el rostro lleno de golpes... Los otros dos hombres que lo sujetaban casi tenían que sostenerlo a peso ya.

El que le había golpeado se volvió hacia Agatha De Armond.

—Es inútil... No lo dirá, Agatha.

—Pues tiene que decirlo... —Se volvió hacia Horace Dickerson, que miraba hoscamente al japonés—. ¿No se te ocurre nada, Horace?

—No. Y es importante.

Agatha se volvió entonces hacia Irene Chambers, que estaba atada a una silla, fuertemente, mirándolo todo con expresión desorbitada.

—¿Tú tampoco, Irene? —sugirió amablemente.

—Yo no lo sé. ¡No lo sé! —exclamó Irene—. ¡Pero aunque lo supiera, no te lo diría! ¡Asesina! ¡Asesinos todos!

—Es mejor que te calmes, querida. A fin de cuentas, estás pagando las consecuencias de tu... curiosidad. ¿O no fue simple curiosidad personal? ¿Quizá te dedicaste a seguirme por orden de Brian Bond? ¿De la policía, del FBI? ¿Tampoco sabes eso?

—No.

—Mira... Puedo creerte si me dices que no sabes si el FBI encontró a este japonés antes que mis hombres, y si les dijo algo de su novia a ellos. Eso, casi podría creértelo. Pero no puedo creer que no sepas si me has seguido por iniciativa personal u orientada por ese maldito Brian Bond.

—No sé si el FBI encontró al japonés antes que tus asesinos.

—Bueno... Eso nos lo dirá él. Es muy interesante para nosotros, querida, porque si el... señor Yamasumi les contó a los federales la desaparición de su novia, y que ella había venido a trabajar conmigo, hasta ese estúpido de Brian se pondría tras mi pista. Claro que si salió anoche hacia México, deberíamos pensar que el asunto ha sido dado por liquidado, ¿no? Pero quiero asegurarme. Por tanto, el señor Yamasumi me dirá si el FBI lo encontró, antes que mis hombres, y si charlaron con él sobre todo esto. Tengo entendido que el FBI tiene... jugadas muy especiales, y no quisiera caer en una de ellas. Quiero estar bien segura. De manera que tú, o el señor Yamasumi, tendréis que contestar a mis preguntas... de un modo u otro.

—Déjame con la chica unos minutos y verás cómo la obligo a...

—No... Espera, Bentley... Tengo una idea mejor... Mucho mejor. Ve a buscar a la muchacha. A la japonesita rebelde, la que después de saber muchas cosas y comprender la verdad, se negó a ser una «geisha» complaciente con nuestros clientes. Tráela.

Richard Yamasumi pareció reaccionar ante aquello, pero Bentley, antes de salir, volvió a golpearle fieramente en el estómago, de modo que volvió a quedar colgando de los brazos de los otros dos. Bentley salió del cuarto, cerrando tras él la puerta, y Agatha se encaró con Yamasumi.

—Puesto que usted no parece hombre que se deje... convencer por los métodos normales, tendremos que emplear otros, Yamasumi. Veremos si soporta con tanto valor lo que le hagamos a la bella Keiko.

—Maldita..., maldita sea... —jadeó el japonés.

—No sea estúpido. ¿Cree que va a impresionarme? Tengo un negocio muy productivo y no pienso detenerme ante palabras ni ante hechos... Cada vez que salen los camiones de la General Transport, sale el séptimo camión, siguiendo esa ruta, pero de lejos. Nadie sospecha de un camión rezagado, de la misma compañía, que lleva por delante otros seis idénticos. Dentro de ese camión, cinco aposentos, cada uno de ellos con una muchacha japonesa, bien... entrenada. Durante el camino hasta la costa atlántica, el total de clientes es de cincuenta, aproximadamente, contando ida y vuelta. A mil dólares cada uno, significan cincuenta mil dólares cada quince días. Cien mil dólares al mes, Yamasumi. ¿Cree que voy a

detenerme ahora? Donovan —señaló a uno de los hombres— es el enlace. Él consigue las entrevistas con los clientes, les indica el lugar, día y hora en que serán recogidos por el camión, les da la contraseña y cobra por anticipado los mil dólares. Una vez organizado todo, regresa a Los Ángeles, dice que todo está a punto y Horace hace salir ya sus camiones... Más adelante, el séptimo camión sigue la ruta, y eso es todo. Es un negocio fácil... y eterno. ¿Que los hombres quieren opio? ¡Pues opio! O morfina, cocaína, LSD... Sólo que eso es gasto aparte de los... servicios personales de la «*geisha*». Sólo que...

—¡Mi hermano no podía tener nada que ver con esto! —gritó Irene Chambers.

Agatha la miró conmisericordiamente.

—Por supuesto que no, querida. Pero tu hermano, igual que Josuah Hobson, tuvieron la... mala suerte de descubrir el asunto, y entonces era preciso eliminarlos. Fue tan... tan...

—¿... Sencillo? —dijo una voz en la puerta.

—¡Brian! —gritó alegremente Irene Chambers.

—Hola... —sonrió secamente el

g-man

—. Hiciste un buen trabajo, Irene. Eh, eh, eh... Quietos, quietos... Pero antes de colocarse juntos allá, suelten a Yamasumi. Seguramente estará deseando abrazar a la linda Keiko... Pase, Keiko.

Se apartó de la puerta, y Keiko Murata entró en el gran cuarto, buscando con expresión desesperada a Yamasumi, que al quedar libre y querer correr hacia ella, cayó de rodillas. Keiko llegó junto a él, llorando, y le ayudó a ponerse en pie, murmurando palabras que nadie pudo entender, limpiándole la sangre...

—Entonces... ¿fue un truco? —musitó Agatha.

—Por supuesto, querida —asintió Brian.

—Mis hombres te vieron tomar el avión...

—No son demasiado listos, eso es todo. ¿Qué tal, señor Dickerson? Parece que se ha... fastidiado el asunto de las «*geishas*», ¿no es así? Si no se coloca junto a esos dos, lo pasara mal, de veras.

—No saldrá vivo de aquí, Bond —musitó Dickerson.

—¿No? —sonrió heladamente Brian—. Apueste un solo centavo a que no le meto una bala en el vientre... y veremos quién es el que

no saldrá vivo de aquí.

Dickerson palideció. Agatha parecía todavía un poco incrédula.

—Podemos... hacer un trato... personal, Brian —musitó.

—¿Tres días de vacaciones? —replicó Brian, sarcástico.

—Eso... por añadidura, si tú quieres.

—Oh, entiendo: tu negocio va tan bien que puedes permitirte el lujo de sobornar al FBI.

—Sólo a un hombre del FBI.

—Querida, eso sería exactamente lo mismo. Uno podrido, todos podridos. Por fortuna, no es un caso frecuente entre nosotros. ¿Tienes la bondad de desatar a... la señorita Chambers? Por favor, «ahora». Y cuidado con lo que haces. No me importaría matarte..., querida.

Agatha desató a Irene Chambers, mientras el g-man

sacaba su radio y la accionaba:

—¿Ronald?

—Encima tuyo, creo. ¿Cómo está eso?

—Bajad. Dos al segundo cuarto de aquí abajo. Cuatro al tercero. Y felicidades a los del segundo cuarto.

—¿Por qué?

—Ve tú allá y lo sabrás. Bajad ya.

Se guardó la radio y sonrió a Irene Chambers, que se había acercado a él, pero no sabía qué hacer.

—¿Está bien, señorita Chambers?

—Sí..., señor Bond.

—Magnífico... —La mirada de Brian se desvió hacia Dickerson, malignamente—. Ahora, Dickerson, vamos a explicarle a la señorita Chambers el asunto. Lo de las «*geishas*», esas muchachas japonesas que optaban por la vida fácil, está ya comprendido. Ustedes las... patrocinaban, las enseñaban por medio de esa bruja que tenemos ahí al lado... Y sólo había que buscar clientes con dinero... ¿Está bien así?

—Se olvida algo... O quizá lo ignora, Bond.

—¿Sí? ¿Qué cosa? Porque esto es, descaradamente, un caso de trata de... de amarillas. Tráfico humano, señor Dickerson. Explotación ilegal... y repugnante. Agravemos el asunto con el hecho de proporcionar drogas a los clientes, y... no creo que

ustedes duren ya mucho tiempo. «Están liquidados». Dígame: ¿qué cosa olvido?

—Hay cámaras filmadoras en el camión. Tenemos... datos de todos los clientes.

—Entiendo. Chantaje más adelante, ¿no es así? Oh, vamos, ¡pero esto es perfecto, señores! Veamos si yo adivino lo ocurrido con Josuah Hobson y Steve Chambers. Ellos se enteraron del asunto y usted supo que Hobson había llamado al FBI. De manera que fue a su casa y lo mató. Luego regresó a toda prisa a la suya, donde había citado a Steve Chambers..., quizá para darle explicaciones, o algo parecido. El muchacho acudió inocentemente, y también lo mató. Hecho esto, borró sus huellas de la pistola con la que había matado a Josuah Hobson y la apretó en la mano del muchacho; luego, la dejó en el suelo; colocó su revólver bien a la vista... y llamó a la policía. Bien entendido que antes se ocupó de quitar de la caja de la General Transport unos miles de dólares, de los cuales pudo dejar unos cuantos en el apartamento de los Chambers. Pero espere: ¿salió usted esa tarde, señorita Chambers?

—Yo... Sí. ¡Sí! Tuve que ir a...

—¿Qué importa eso? Todo le salió perfecto al señor Dickerson. Y para más seguridad en todo, se procuró la compañía de su cómplice, Agatha De Armond, que hizo su papel a la perfección. Ahora... —Afuera se oyeron pisadas, voces de hombre, ruido de puertas, grititos femeninos—, ahora, todo ha terminado.

Cuatro hombres entraron en el espacioso cuarto y Brian señaló hacia Dickerson, Donovan y el otro.

—Lleváoslos... —señaló a Agatha—. Y a ella también. ¿Y las... «geishas»?

—Ya están subiendo.

—Bien... Un momento. Mmm... Debo entender, señor Dickerson, que fue usted quien me golpeó en la casa de Josuah Hobson, ¿no es así?

—Así es.

—¿Fue un golpe de suerte o... bien conocido y aplicado?

—Sé lo que hago.

—Mmm... ¿Conoce el judo?

—Sí.

—Vaya... Le haré un trato, señor Dickerson... —Guardó la

automática—. Consiga librarse de mí y cruzar esa puerta..., y nadie le impedirá la huida. ¿Acepta?

Horace Dickerson se pasó la lengua por los labios y miró con desconfianza al g-man.

—Lo que usted quiere es... golpearme.

—En efecto... —siseó fríamente Brian—. Eso es lo que yo quiero hacer, maldito asesino.

—Si le venzo, no me dejarán marchar.

—Podrá salir de la casa. Es una oportunidad..., Una oportunidad para usted y una para mí. ¿Acepta o no?

Dickerson se lanzó de pronto contra Brian, tirándole un golpe ferocísimo a los ojos..., pero que falló lamentable... para él. A cambio, recibió un hachazo en la nariz que la partió como si fuese de galleta, tirándolo de rodillas. En el suelo, recibió un bofetón puro y simple, pero tan tremendo que casi lo puso en pie; y antes de que sus rodillas tocaran de nuevo el suelo, recibió un gancho que sí lo levantó, tirándolo contra la pared. Brian Bond se acercó, puños por delante..., pero uno de sus compañeros le retuvo de un brazo.

—Brian.

—Sí... Sí, Lloyd... Entiendo. Sacadlos de aquí a todos.

Horace Dickerson tuvo que ser sacado casi a rastras, tan débiles estaban sus piernas. Agatha De Armond se detuvo delante de Brian Bond, suplicante la mirada, prometedora la sonrisa.

—Brian, entre nosotros podría haber habido una...

El

g-man

cerró los ojos. Todavía estaba pálido de furia.

—Llévala. Quitadla de mi vista inmediatamente.

Cuando abrió los ojos, Ronald estaba ante él, fruncido el ceño.

—Los pajaritos están arriba. Y también el viejo cuervo amarillo. ¿Nos vamos o no?

Brian asintió con la cabeza. Miró a Richard Yamasumi y Keiko Murata, que continuaban abrazados, mirándolo a él, evidentísima en sus orientales ojos una expresión de agradecimiento.

—Deberán venir con nosotros, Yamasumi... —musitó el

g-man

—. Hay mucho trabajo aún: declaraciones, firmas, informes...

—Sí, señor Bond. Lo que usted diga.

—¿Y yo?

Brian se quedó mirando a Irene Chambers. Por un instante, pareció que fuese a dar un paso hacia ella. Pero no se movió.

—Usted también..., señorita Chambers. Por favor.

ESTE ES EL FINAL

—De acuerdo. Esto es todo por hoy. Muchas gracias a todos.

Richard Yamasumi, Keiko e Irene Chambers miraron al inspector Malloy, cuyo aspecto resultaba un tanto grotesco, con las cejas y las pestañas chamuscadas, casi quemadas completamente, y el cabello hecho una masa estropajosa, también chamuscado.

—¿Podemos irnos? —preguntó Yamasumi.

—Les llamaremos si los necesitamos de nuevo.

Los jóvenes japoneses se levantaron y se dirigieron hacia la puerta. Yamasumi vaciló, pero acabó acercándose a Brian, tendiéndole la mano, todavía vacilante.

—Señor Bond... Nosotros...

Brian estrechó la mano del japonés, sonriendo a medias.

—Cualquier día, Yamasumi, me pasaré por su gimnasio para practicar un poco el judo. La pelea quedó pendiente entre nosotros, ¿no le parece?

—Lucharé con usted, si quiere. —Yamasumi sonrió de pronto—. Pero preferiría otro... alumno cualquiera. Quisiera vivir muchos años, para ser muy feliz con Keiko.

Hubo alguna sonrisa amable, y los dos japoneses abandonaron el despacho. Irene Chambers se fue tras ellos y, desde la puerta, se despidió, en un «buenas noches» apenas musitado, mirando de soslayo, rápidamente, a Brian Bond, que fue el único que pareció no haberla oído.

—Bien... —dijo en seguida, cuando la puerta se cerró—. Son apenas las nueve de la noche, de modo que podemos seguir con el asunto de...

—Con el asunto de tus narices... —farfulló Malloy—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Estás tonto?

Brian se desconcertó.

—¿Tonto? Mire, señor, no comprendo...

—Anda, anda, ve con ella —gruñó Malloy.

—Ejem... El trabajo, los informes, los...

—Llevamos treinta horas seguidas en este asunto, y cuarenta y ocho horas sin dormir. ¿Qué tal si descansamos hasta mañana a las ocho? ¡Se levanta la sesión!

Brian Bond salió como una bala del despacho. Recorrió pasillos, empujó puertas, devoró tramos de escaleras en lugar de utilizar el ascensor... y salió a la calle cuando un taxi se alejaba, llevando en su interior a Irene Chambers. Se metió en otro taxi y señaló hacia adelante:

—¡No pierda de vista aquel taxi!

Irene Chambers se mordió los labios y se quitó rápidamente las lágrimas cuando vio en el pasillo a la persona que había llamado a su puerta.

—Se-señor Bond... Usted aquí...

—¿Puedo pasar?

Ella se apartó, intentando disimular las lágrimas. Pero Bond, tras cerrar la puerta, le ofreció un pañuelo, sonriendo.

—No... no lo necesito para nada...

—Ah... Bueno, mejor. Ya no debe llorar, señorita Chambers... Todo pasó, y, como usted bien dijo, no hay que dramatizar las cosas más de lo... de lo dramáticas que ya son de por sí.

—Yo...

yo-yo...

me siento tan... tan sola... Había creído que usted... Oh, soy un estúpido...

Eso fue todo. Brian Bond dejó de besarla un par de minutos después, y ella, tras suspirar, apoyó la mejilla en el amplio pecho del federal. Era fácil comprender que ya jamás estaría sola..., a menos que un día, el agente del FBI Brian Bond encontrase una bala en su camino. Y si eso ocurría, ella... ella...

—¿A qué hueles? —preguntó de pronto, vivamente.

—A fumígeno... —sonrió él, levemente—. ¿Te molesta?

—No... El olor a fumígeno ha sido siempre... mi preferido...

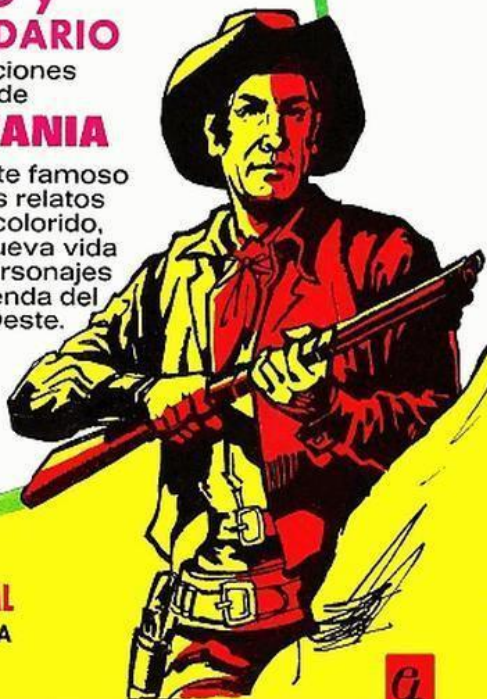
FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] Las medidas de peso están referidas a las medidas norteamericanas, evidentemente. A este respecto, se recuerda que una libra yanqui equivale, según el acuerdo de la Mancomunidad británica de

l-VII-59,

a 453,592 gramos, oficialmente. Aproximadamente, medio kilogramo. (Nota editorial). < <